

# EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 20 de Agosto de 1899.

Número 8



EL CANTO.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

Leí los telegramas con una afección febril, y al dejar el periódico sobre la mesa, como se deja un anónimo lleno de groserías é insultos, pensé en mis viejas lecturas y recordé muchas cosas tristes de mi amada Francia.

Llovía, llovía, y en el silencio de la noche, vino á mí el sueño con un cortejo de pesadillas extravagantes.

Y soñé que una figura gigantesca, inclinada en el borde de mi lecho, como en la barra de una tribuna, repetía el iracundo y terrible discurso:

¡Oh, les abandono mi vida sin pesar! ¡poseo la experiencia de lo pasado y veo lo porvenir: ¿Qué amigo de la Patria puede sobrevivir al momento en que ya no es permitido servirla ni defender la inocencia oprimida? ¿para qué seguir permaneciendo en un orden de cosas en que la intriga triunfa eternamente de la verdad, en que la justicia es una mentira, en que las pasiones más viles, en que los temores más ridículos ocupan en los corazones el lugar de los intereses sagrados de la humanidad. ¿Cómo soportar el suplicio de ver la horrible sucesión de traidores, más ó menos hábiles en ocultar su alma terrible bajo el velo de la virtud, pero que todos legarán á la posteridad la dificultad de decidir cuál de los enemigos del país fué más cobarde? Viendo la multitud de vicios que el torrente de la Revolución ha arrastrado, mezclado con las virtudes cívicas, he temido alguna vez, lo confieso, verme manchado. á los ojos de la posteridad por el impuro contacto de los perversos. He visto en la historia á todos los defensores de la libertad atacados por la calumnia. Pero sus opresores han muerto también. Los buenos y los malos desaparecen de la tierra, ¡pero en qué distintas condiciones! Franceses, no consentáis que vuestros enemigos se atrevan á humillar vuestras almas y enervar vuestras virtudes con sus desoladoras doctrinas!...

¿Por qué los que antes os decían: *os declaro que caminamos sobre volcanes*, creen marchar hoy sobre rosas? Los que os dicen que la fundación de la República es una empresa fácil, os engañan ó más bien no pueden engañar á nadie... ¡Pueblo! acuérdate de que si en la República no reina la justicia con absoluto imperio, y que si esta palabra no significa la igualdad y el amor patrio, la libertad no es más que un nombre vano! Pueblo! tú á quien se teme, á quien se adula y á quien se desprecia; tú, soberano reconocido, á quien se sigue tratando siempre como á esclavo, acuérdate que donde no reina la justicia, dominan las facciones de los magistrados, y que el pueblo, en tal caso, ha cambiado de cadenas, pero no de destino!.....

\*\*\*

La otra noche, escuchando «Aida» cantada admirablemente por la señorita Chalia, en el Circo Orrin, me formulaba á mí mismo un problema drolático: ¿Podré amar alguna vez á una Venus Negra?

Un habitante de Mozambique habría dicho precisamente lo contrario: ¿amaré alguna vez á una Venus Blanca?

El hecho es que el criterio con que se aprecia la Belleza cambia según los climas y regiones. Lo que es verdad aquí no es verdad en el centro del Africa. Lo que es bello en China es horrible en Europa. Los negros dicen que el diablo es blanco.

Si un conquistador africano entrara triunfante en la ciudad de Roma, mandaría que antasen de betún las grandes estatuas. Los ojos de ese hombre no son, pues, iguales á los míos: su cerebro está conformado de una manera distinta: no es mi semejante.

Pero el criterio se modifica y transforma. Hay flores que transplantadas cambian de color. Hay cerebros que no piensan lo mismo en el Ecuador que en el Estrecho de Behring. Un negro, arrebatado de Hokanga y puesto en el Boulevard de los Italianos, reforma su criterio con el tiempo. Si lo ponéis en Londres, acaba por enamorarse de una rubia, muy rubia, ó de una albina. No he visto sapos que miren el sol; pero sí he visto negros enamorados de mujeres blancas.

Ahora bien: ¿ocurriría lo mismo con nosotros si nos aprisionaran en el centro del Africa? ¿Llegaríamos á apreciar la hermosura sombría como aprecian los negros la hermosura rubia? Verdad es que nosotros ocupamos un lugar más alto en la escala ascendente de la humanidad, Europa es la florecencia de la tierra. Tenemos datos para presumir que nuestro criterio vale más que el de los negros. Pero bien miradas las cosas, ellos dirán lo mismo que nosotros.

Aurelien Scholl decía, con sobradísima justicia, que el más insignificante diputado no trocaría su importancia por la de un jefe de tribu, como el jefe de tribu, á su vez, se negaría á cambiar su posición por la de un diputado.

\*\*\*

Con motivo de la reciente discusión sobre el teatro se ha traído y llevado el nombre de Dumas, hijo. ¡Oh, siempre Francia para nosotros!

Dumas, hijo, es para mí el primer dramático francés. De sus comedias, como del amor,—esa otra comedia, ese otro drama!—lo que prefiero son los prólogos. ¡Cuánta oportunidad y cuánta gracia! La pluma de Dumas es una pluma de Toledo. He hecho, además, esta otra observación que me parece justa: cuando Dumas habla mejor, es cuando habla de sí mismo! En esos prólogos suele contarnos sus más secretas intimidades. Gracias á ellos sabemos la bata que vestía cuando escribió «Diana de Lis.» y las pantuflas que calzaba cuando compuso «La Princesa de Bagdad.» En ellos también amplía y sostiene la tesis, más ó menos discutida, de sus dramas. Dogmatiza; se defiende; saca afuera sus puas, como el erizo, y rasga la epidermis de sus contrincantes.

Yo, sin embargo lo perdono todo, y leo con deleite esas obras de gracia intencionada. Me entusiasman los tiradores que hieren y los literatos que flagean.

Una gota de sangre sobre una página blanca, es un rubí.

\*\*\*

15 de Agosto.—Felicitación de las Marías.

—Decididamente yo amo, como dice en su deliciosa galiparla, la más divina de las mujeres que conozco, yo amo esas reuniones íntimas en que no hay mesas de ecarté ni cuerpos rígidos; yo amo esas alegres fiestas de familia, tan llenas de frescura y de perfume como el jardín á la hora que amanece.

Allí los hombres dejan el paraguas y la gravedad en manos del lacayo que les aguarda en la antesesala; allí la corbata blanca no congestiona ni agarrota el cuello; allí se habla y se conversa en el rincón del canapé, bajo las hojas de una planta exótica, *detrás del abanico de plumas y de oro*. El salón con sus grandes racimos de bugías, es el rojo interior de una amapola; el gabinete capitonado, tibio, azul, es el corazón de una violeta. Los que tenemos ya la vista fatigada, preferimos las claridades de la veladora.

Por eso huyo de esas reuniones en que la luz irradia, reflejada por los espejos de Venecia, y busco la apacible claridad de esas tertulias que nuestros padres conocieron tanto y que nosotros ¡ay! apenas conocemos.

Dejo las grandes salas donde las parejas traban competencias de pugilato y busco la penumbra elegante de esas fiestas íntimas sin cuadrillas de honor ni brindis oficiales....

### JOSE ANTONIO CALCAÑO.

Fresca está aún la memoria de tu muerte, gentil trovador. Frescas las rosas que deshojamos en tu féretro. Frescas las lágrimas que lloramos en tu sepulcro!

Todavía no se ha borrado en nuestras almas el recuerdo lastimero de aquella tarde húmeda, de aquella tarde triste en que te dijimos adiós, por la vez última, en la ciudad doliente coronada de túmulos, en la ciudad llena de mármoles y de jardines, ciudad que es al propio tiempo recinto de la paz y albergue del dolor.

Todavía no hemos olvidado aquella tarde melancólica de tu entierro; vibraban en el ambiente ráfagas de hielo y de tumba; el cielo, en parte azul, á trechos pálido, de un blanco de nácar, se deshacía en lluvia como llorando tu desaparición, poeta. Y por entre el arroyo del arroyo, bajo la llovizna azotante y sutil, íbas tú, sobre nuestros hombros, en hombros de poetas, como alguien dijo, blanco de rosas, blanco de jazmines, camino del templo, á los ojos de tu capital querida.

Y ya en la iglesia se desplegó, en honor tuyo, la gran pompa religiosa: las preces, los psalmos, las hondas purpúreas, los roquetes deslumbrantes de blanco, la mitra constelada de pedrería; la luz verde pálida de los hachones, el negro fúnebre de los paramentos, lo violeta arzobispal del Prelado; las cruces de plata, los cristos de marfil y de oro, los hisopos abrigados de níquel.

Después, sobre tu sepultura recién cegada, vimos nacer, entre las flores frescas, una flor de poesía; vibró en el aire, sobre los cantos de los cipreses funerales, el canto de un poeta, el adiós de un jardinero del arte que sólo cultivaba en su verjel flores de antología.

\*\*\*

José Antonio Calcaño es, en América, uno de los mejores y más eminentes representantes del romanticismo.

En España ni en América, acaso por exigüidad de savia artística, acaso por otras más recónditas razones, no apareció nunca el Gautier, el Benvenuto del Verso; ni el alma, sublimemente desolada, de Leopardi; ni el desbordamiento lírico de Hugo; ni la poesía, toda cumbres, de Byron. Pero el romanticismo dió á la Península y á la América trovadores excelentes, algunos de ellos príncipes en la heráldica de las letras, émulos en cierto modo, de los magnos artistas del verbo castellano.

En España el más calificado entre estos poetas es el cantor de Granada; en Venezuela quien supo rimar *El paso doble* y *Los arabescos de Eduino*.

Bien pudiera decirse que José Antonio Calcaño es nuestro Zorrilla; pero entre ambos existen diferencias. Zorrilla supera á José Antonio Calcaño en la pompa lírica, en el esmalte oriental, en el deslumbramiento prismático, excelencias que avaloran los versos del poeta español. José Antonio Calcaño lo aventaja en elegante sobriedad de estilo, en corrección. Además, el poeta venezolano no es sombríamente religioso, ni estrechamente patriótico.

Zorrilla canta pueblos españoles, monjas españolas, militares españoles, reyes españoles, consejas españolas. *Los Cantos del trovador*, pongo por caso, es obra escrita solamente para España, para la España conservadora y clerical. En los *Poemas y leyendas* de José Antonio Calcaño no sucede lo propio: el poeta ama á todas las musas, bebe en todas las fuentes, llora todas las desgracias, conoce todos los pueblos, canta todos los cantos. Es más cosmopolita, más moderno.

La religiosidad militante de Zorrilla degenera en fanatismo; la fé de José Antonio Calcaño perfuma el arte con un ligero perfume místico, lleno de encanto; perfume que flota sobre algunas rimas del poeta como el alma fragante de sus versos.

Obediente al propio temperamento, y solicitado por las grandes influencias literarias del siglo en que le tocó florecer, José Antonio Calcaño se adhirió á la escuela romántica, no sin que pagase lírico tributo al viejo ideal clásico, muriente.

\*\*\*

Los poetas románticos superan el arte clásico en el revoloteo amable del ingenio; en el arrebatado, en la fronsosidad, en la frescura de rosas del poema; en la música variante y seductora de los metros y las rimas; en el desorden armónico de la inspiración.

La inspiración romántica ora vuela hasta perderse entre las nubes, como un águila; ora se posa en un granado florecido y canta, á la luz de la luna, como un ruiseñor; vibra tiernamente como un laúd; espuma como el mar; aroma como el jazmín; es blanca y pura como una virgen escandinava, rosada y lasciva como una bacante, guerrera y legendaria como Juana de Arco; es pálida como hilo de luna, negra como punta de tinta, azul como franja de cielo, roja como chispa de rubí.

La inspiración romántica llena el alma de ensueños, de mariposas los jardines, los campos de verdor; se alza como banco de coral por entre las ondas azules; y canta como la estatua de Memnón á los fúlgidos besos de la aurora.

El classicismo es correcto, pero monótono. El clásico diluye el sentimiento, como una droga, en la copa dorada del estilo; pone á abrasarse la inspiración, como un incienso, en el turbido de plata del lenguaje.

No es que se decadente la rudeza del estilo poético. La inspiración ha de vestir traje de reina. El verso ha de brillar como el oro; tener consistencia de diamante; arrastrar púrpura como un Emperador. Pero que pueda también volar libre como una paloma; que en el ritmo no se ahoguen las ideas; que la métrica no sea jaula de la inspiración; que el verso ande franco y resuelto como un caballero abroquelado en armadura resplandeciente, y no tembloroso como un perlático, ni en silla rodante como un hemipléxico.

\*\*\*

Si José Antonio Calcaño floreciera ahora, no á promedio del siglo, antes que un gran poeta romántico sería un poeta original, con marcada tendencia propia.

Hoy las escuelas, como los dioses, se van. Ningún poeta se resigna á desaparecer sumado en una escuela. Cada quien aspira á vivir, á perdurar, por derecho propio. La desesperación de los poetas es la originalidad. Lo bello es lo raro, expresan algunos, y cultivan primorosas plantas exóticas. Para otros la suprema expresión del arte consiste en una rigidez marmórea. Se ha puesto en boca de la belleza este canto:

*Je hais le mouvement qui déplace les lignes;  
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris*

Hay quien suspira por hacerse pálida lumbre que, al través de la obra de arte, esparza rósea claridad de velador, suave luz de poesía. Muchos no conciben el verso sino vibrante de intenso subjetivismo. El verso, como la nube, debe centellear. La poesía debe ser médula de alma.

Lo cierto es que ya no se habla, ó se habla poco, de escuelas literarias. Las personalidades llenan toda la crítica. Sin embargo, las teorías han legado mucho de bueno á las nuevas generaciones de artistas: la idea de una forma elegante; la independencia revolucionaria; la verdad, la conciencia de cómo es puro elemento de arte lo propio que una estrella de oro una estrella de fango, lo mismo que las vírgenes las cortesanas, igualmente cándidos ensueños de la fantasía y repugnantes lepras de una carne en putrefacción.

José Antonio Calcaño, asiduo lector de los poetas italianos, franceses é ingleses, se empapó un poco, en los últimos años de su vida, del espíritu moderno; pero éste sólo se manifestaba en nuestro cantor por la molición de una factura rosa primorosa.

\* \*

Las tendencias artísticas mueren cuando los espíritus se convierten hacia la aurora de otro ideal. Pugnar por redivivirlas equivale á querer resucitar una momia. El clasicismo murió. También el romanticismo ha muerto. Su cadáver, en descomposición, produjo miles de gusanos. Bien pronto los gusanos se hicieron mariposas; las mariposas echaron á volar, atraídas por la púrpura de los claveles, por las azucenas eucarísticas, las violetas episcopales, las magnolias, los jazmines y los lirios en flor. Ellas venían de lo negro, de la muerte, y volaban en busca del color y el aroma, volaban hacia la juventud perfumada de los jardines, volaban hacia la vida.

Esas mariposas nacidas del romanticismo son las nuevas estéticas. Y las nuevas estéticas, la juventud en las venas, el sol en los ojos, el lauro en la frente, cabalgando á su turno en el Pegaso, sin herir al noble corcel alado con el espolín de oro, lo conducen por verdes y luminosas cumbres, mientras miran, como los Conquistadores del poeta, cuál surgen nuevos astros en cielos desconocidos, en cielos de un azul deslumbrante.

Muchas de estas novísimas flores de estética son cultivadas por un solo poeta. Todas ellas de distinto color y fragancia forman juntas el gran jardín del arte moderno. Pero en una cosa, en la cual era descollante José Antonio Calcaño, están acordes todos los poetas; en cincelar el lenguaje á manera de florentina joya; en labrar como urna primorosa el estilo; en pulir las rimas como áforas; en tejer con donosura la delicada urdimbre de los versos.

\* \*

Tu muerte no ha simado en el dolor, dulce poeta ido. Rodó tu cuerpo exánime junto al arpa trémula todavía con la música del postrer cántico; y los poetas, en voces delirantes de amor, queremos, para tu memoria, rosas; para tu sepulcro, el laurel; para tí, el mármol.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

## LA CATEDRAL DE BURGOS.

Al caer la tarde de un domingo de Abril, contemplo la ciudad de Burgos rodeada del esplendor de una primavera meridional destacándose en el fondo áureo y rosado del poniente.

La suave atmósfera está tranquila, una irradiación de noche serena y sin júbilo se difunde á medida que va acelerándose la fuga del día, sobre esta ciudad antigua, aislada, envejecida, moribunda á la orilla de un riachuelo, sin comunicación con la inmensidad del mar que alegra y vivifica. Autójase me que la opresión de este nombre soberbio: Burgos, de este nombre evocador de magnificencias antiguas, pesa al declinar el día sobre las calles festivas por las que circula, vestida á la moderna, la España actual, tan pequeña si se la compara con la España de antaño.

La célebre catedral se ve desde lejos: sobre las casas se destacan en la atmósfera dorada, flechas, puntas, inimaginables recortes, de una labor delicadísima. Parecen encajes de papel que el viento va á llevarse, y allí están desde hace muchos siglos, inmutables y ligeros á un tiempo. Bañados por la roja luz del ocaso, dentro de unos instantes, cuando el sol desaparezca, sólo ellos recibirán sus rayos, mientras las callejuelas sombrías irán quedando solitarias á medida que la multitud penetre en las casas oscuras.

En medio de la ciudad se alza la catedral á la que se me conduce por entre un laberinto de casas centenarias,—muy de prisa porque me propongo partir al cerrar la noche. Llego por fin. Allí están los altos muros con ventanas góticas, las escalinatas, los pórticos suntuosos en los que se alinean y se superponen las estatuas de piedra rojiza. Franqueo las verjas majestuosas y me siento envuelto en la penumbra crepuscular; baja hasta mí un frío de sepulcro mezclado con suave olor de incienso en aquella humedad subterránea: penetro en un mundo de increíbles magnificencias, en una soledad de encantos sombríos.

Las lejanías huyen, oscuras é iluminadas á intervalos por la luz de algún vitral; las baldosas tienen una sonoridad de caverna en aquel silencio que turba el ruido de nuestros pasos...

Esta es la catedral, la catedral legendaria, mara-

villa de los tiempos que fueron, más sorprendente que las de Milán, Estrasburgo ó Toledo. Está desierta y casi da miedo verla en esta hora crepuscular del domingo, cuando ya han callado los grandes órganos y se han extinguido los incensarios.

La primera impresión lo hace á uno creer que está en medio de un bosque petrificado, bajo el follaje de árboles gigantes. Las columnas, troncos monstruosos, se lanzan hacia arriba, cubiertos de guirnalda que parecen plantas trepadoras, y que son en realidad esculturas delicadas y maravillosas. Y arriba, en donde las pilastras dispersan como ramas sus arcos, los follajes se entretajan, las frondosidades de piedra forman algo como la bóveda de un bosque, dando testimonio del trabajo paciente de toda una generación. Todo esto labrado en la piedra viva, todo indefinidamente duradero y á pesar de su rara delicadeza, transmitido hasta nosotros de muy atrás por los siglos pasados.

Crugías inmensas, de treinta pies de altura, prodigiosamente esculpidas, corren en todas direcciones entre los pilares altísimos, separando de la gran nave una multitud de capillas secundarias de magnificencia más inverosímil aún, follajes infinitamente delicados que suben hasta las bóvedas también y que no son de piedra sino de oro deslumbrador.

El guardián de tantas riquezas abre una tras otra con llaves cinceladas y del tamaño de una daga, las pesadas puertas de hierro ó de bronce, y el ruido que hacen al cerrarse de nuevo, resuena largamente bajo las altas bóvedas.

—Es ya muy tarde para verlo todo; la noche se nos viene encima. Y me lleva á toda prisa.

Al principio estábamos solos en este lugar esplendido; pero á poco entran cuatro ó cinco montañeses, vestidos á la antigua, y de aspecto hosco, tímido y miserable. Piden permiso para seguirnos y se nos reúnen, formando entre ellos un grupo compacto, mirando de cerca en la penumbra aquellas cosas suntuosas, tocando con el dedo los oros, empañando con la respiración los mármoles.

Visitamos el coro, tesoro de riquezas inestimables, encerrado en una especie de jaula de bronce calada, oculta bajo cortinajes de brocado que caen desde la parte más alta de la nave. Frente al altar mayor resplandeciente de oro se alinean los candelabros de plata repujada, de cinco ó seis pies de altura. Después recorreremos las capillas secundarias cuyas verjas, al abrirse despiertan sonoridades cada vez más pesadas y más largas en la creciente oscuridad; vistas de cerca, sus frondas de oro que imitan acentos y ligeras flores se pueblan de centenares de personajes y animales.

Cada vez más de prisa, nos muestran las tumbas de los santos «fundadores»; el guía levanta bruscamente los sudarios de terciopelo rojo y de oro que cubren las imágenes de alabastro ó de mármol, las blancas estatuas yacentes.

Después cruzamos un dólido de claustros, lleno de recuerdos y de reliquias, con puertas cuyas cerraduras son figuras humanas gesticulantes en cuya boca entra la llave. Y por último volvemos á la inmensa nave, casi negra ya, á la cual penetramos por una puertecilla medio oculta.

No es la impresión de la paz religiosa la que se recibe; al contrario, el sentimiento de una magnificencia orgullosa, impasible, que aplasta. Ni aun se siente la calma, á pesar de las penumbras y del silencio, ó esa unidad que serena el ánimo, como por ejemplo en ciertos santuarios japoneses de la Montaña Santa que son, como éste, los más espléndidos entre los templos de los dioses respetados aún por el tiempo. En esta extravagante acumulación de riquezas se siente no sé qué agitación, algo pesadamente humano, casi sensual. Se evoca un pasado prodigioso: toda la España de los grandes siglos rebosantes de oro y de poderío; pero la paz, la dulce paz de tantas otras iglesias cristianas, está ausente.

He experimentado ya que esto de ver por la primera vez las cosas, furtivamente, al atardecer, con la fiebre de las breves paradas, es la manera de recibir de ellas una impresión completa, definitiva y justa. Cuando ví por la primera vez el Acrópolis de Atenas, de noche y por breves minutos, á costa de mil dificultades y con la inquietud de que se fuera mi buque, recuerdo haber entrevisto la magnificencia antigua de una manera violenta y nueva que no he encontrado después en los mismos lugares. No quisiera, pues, volver á Burgos y detenerme en esta ciudad más tiempo; por algunos detalles incomparables que descubriría sin duda, se debilitaría y se empujearía mi impresión del conjunto.

Ibamos á salir ya...

Pero, vemos brillar dos llamas, en las lejanías de la inmensa nave y cerca de ellas una forma negra, de rodillas. Veamos qué es. Y nos acercamos sigilosamente para que el ruido de nuestros pasos sobre las losas no despierte al fantasma que ora.

Los cirios—muy modestos—arden ante un cuadro de la Virgen que se oculta en un rincón ignorado, en un nicho, detrás de uno de los pilares monstruosos. Sin embargo, es demasiado suntuosa esa imagen por su cuadro de oro viejo.

Una mujer vestida de negro y con la mantilla de luto está allí postrada de hinojos. Tiene en los brazos un niño de algunos meses de edad con el rostro marcado ya por el dedo de la muerte. Ruega fervorosamente por él, mientras se consumen los cirios. ¡Pobre enlutada que busca la imagen más humilde para ofrecerle sus cirios de á dos céntimos!

Ora y tiene los ojos llenos de lágrimas.

Es violento y cruel el contraste entre las riquezas prodigiosas del santuario y los vestidos de la devota; entre la duración persistente de los millares de santos vestidos de oro y la fragilidad de ese pequeñuelo sin mañana, cubierto de harapos, á quien han traído á su presencia, presentándosele tímidamente para que se apiadan de él, y que pronto volverá á la tierra.

Ya es decrepita la desventurada cuya actitud revela un dolor sin límites: es acaso una abuela que disputa á la muerte el netezuelo huérfano, ó alguna madre que dió á luz en edad avanzada un hijo no viable.

Sostiene y cubre con infinita ternura al pequeño remedo humano que debe á algún azar su miserable é incompleta existencia; cubre con un velo negro su inquietante rostro que expresa ya una clarividente angustia; rodea con una mantilla su frágil cuerpecito de muñeca, para librarlo de la humedad de sepulcro que baja hasta él desde las bóvedas de piedra. Y entre tanto, continúa de rodillas, moviendo los labios para repetir los rezos obstinados y vanos.

Alza los ojos y me dirige una mirada desolada, adivinando sin duda la piedad que yo siento por su infortunio. Parece que me pregunta: ¿No es verdad que tiene cara de enfermito mi pobre niño? Desvió la vista para eludir la pregunta muda que me oprime el corazón y aparento fijarme en otra cosa.

Pero viendo que no me voy, alza de nuevo los ojos, y después de contemplar un momento los esplendores de la catedral, nuestras miradas se cruzan otra vez. No está muy convencida, se comprende, y con mayor angustia, sus ojos preguntan: «¿Me escucharán las divinidades magníficas?»

Dios mío, no sé si la escucharán.

En su lugar, sin embargo, yo habría preferido llevar á mi chico á una de esas capillas rurales, en las que se complace la Virgen de los humildes y de los sencillos.

Las madonas y los santos que habitan este lugar son ante todo, al menos así lo creo, seres fastuosos y altivos, endurecidos por la pompa secular.

No, yo no puedo imaginármelos preocupados por una vieja infortunada que llora, y por el pequeñuelo que va á morir.

PIERRE LOTI.

## Guillermo II en la Exposición de 1900.

La cuestión de saber si el Emperador de Alemania irá á visitar la Exposición de 1900 en París, ha encendido recientemente vivas polémicas en la prensa tanto de Francia como de Alemania.

En la primera, la opinión está dividida, como es natural suponer, pues desgraciadamente parece imposible que haya un asunto sobre el que diez franceses tengan una opinión acorde. Los nacionalistas, ardientes partidarios de la revancha soñada, no transigen: mientras Alsacia y Lorena sigan sustraídas á la soberanía francesa, las relaciones entre Francia y Alemania sólo deben y pueden ser cordiales en el papel de los tratados y en las melosas cuanto banales fórmulas diplomáticas; pero recibir al monarca teutón, imposible, porque para la cortesía legendaria del pueblo francés, esto significaría la obligación de festejarlo y prodigarle atenciones galantes, cosa que es incompatible con los resentimientos políticos del pueblo, especialmente ahora que hay interés en avivarlos.

Otro grupo sensato de la prensa francesa cree que es absurda é indigna de un gran pueblo esta política de falsa amistad.

O la paz ó la guerra, pero franca y leal. La revancha por ahora es una utopía, y muy ridículo y pequeño resulta el carácter francés, desahogando sus justos odios políticos con manifestaciones propias tan sólo de un chiquillo mal educado.

Con ellas sólo conseguiremos hacer reír, dicen los de este bando; por el contrario, que venga en buena hora el Emperador; que nos vea de cerca; que palpe y aprecie la vitalidad de este pueblo y así le temerá; que reciba sus obsequios y cortesías, y así aprenderá á respetarle y estimará la superioridad moral é intelectual de la raza latina, de la gloriosa moribunda de la historia.

Por lo pronto, una inteligencia franca y honrada con Alemania, interesa grandemente á los negocios coloniales de ambas potencias, y buena prueba de ello es la actitud destemplada y agresiva con que la prensa inglesa acogió la noticia de la visita de Guillermo II á «E'IPHIGENIE.»

La prensa alemana y los altos círculos políticos berlineses, opinan esto mismo, y se aventuran á afirmar que la escena de Bergen fué el prólogo de las que se desarrollarán en París cuando el soberano vaya á acercarse á los dos pueblos rivales.

## EL ATENTADO CONTRA M. LABORI.

El lunes 14 de este mes, á las 6 de la mañana, se dirigía M. Labori al local del Consejo de Guerra del procesado Dreyfus, cuando al llegar al puente que cruza el Vilaine en los suburbios de Rennes, dos individuos desconocidos se acercaron á él y uno de ellos le agredió á traición disparando un tiro de revólver que hirió al abogado por la espalda cerca de la sexta vértebra dorsal.

Al sentirse herido Labori abrió los brazos y cayó. Algunos labradores que estaban en aquel lugar y el Coronel Picquart y su cuñado corrieron en persecución del asesino pero no pudieron alcanzarlo. A poco se presentó la policía, y Mad. Labori, advertida de la desgracia, acudió en auxilio de su infeliz esposo.

La escena que siguió á la llegada de Mad. Labori fué tierna: la pobre señora recostó en su regazo la cabeza de M. Labori y le daba aire con un abanico, procurando á duras penas dominar la emoción que la embargaba. El heroico defensor sonrió y dijo: «Yo moriré acaso, pero Dreyfus está salvado.»

Afortunadamente para M. Labori y para la causa de la justicia, bizarramente defendida por el abogado de Dreyfus, la bala no interesó la columna vertebral, y dada su constitución hercúlea y la serenidad de su espíritu, es de esperarse que pronto estará en aptitud de reanudar sus tareas en el Consejo de Guerra que juzga á su cliente. Es muy significativa la frase que en tono de chanza dijo Labori cuando fué á visitarlo Mateo Dreyfus, aludiendo á su resistencia: «Con un revólver nada me pueden hacer; necesitan un cañón para matarme.» Este buen humor, esta ecuanimidad en el cumplimiento del deber, cuando el deber es sacrificio, dolor y heroísmo, caracterizan al hombre recto, de conciencia pura como un cristal y de carácter indomable. Nunca se ha revelado mejor lo que es ese sacerdocio de la abogacía cuando no se complica con la chicana, cuando no se turba ante las amenazas ni vacila en el peligro.

Decía atinadamente un escritor mexicano: «El disparo contra el defensor es como prueba plena en favor del acusado; no se suprime al defensor sino cuando no hay manera de rebatirlo y de confundirlo; quien pretende tener la irrecusable demostración del delito no necesita atentar contra la defensa, ni suprimirla, ni inutilizarla, y sacrificar al defensor prueba lo que todo el mundo sabe hoy: que la prueba no existe, que por el contrario, vista la inocencia, no puede sostenerse y triunfar la acusación.»

En este proceso que no es el proceso de un hombre, pues el mundo entero ve en la causa instruida contra Dreyfus, en los sufrimientos que ha apurado la víctima y en los esfuerzos que ha costado su rehabilitación, el pavoroso duelo entre la virtud de una humanidad emancipada y generosa y el canibalismo cruel que se oculta en los odios de Roget, en las frías imposturas de Mercier, en las falsedades de Esterhazy y en el criminal encarnizamiento de sus cómplices; en este proceso ha querido el azar, admirablemente



M. FERNANDO LABORI, ABOGADO DE DREYFUS.



EL ATENTADO CONTRA M. LABORI.—LA POLICIA ACUDE EN AUXILIO DEL HERIDO.

auxiliado por las pasiones exacerbadas, que todo sea sombras del lado de los verdugos y todo claridades del lado de la víctima.

Con aquéllos han estado Mercier, un perro de presa; Roget un calumniador despiadado; Henry un falsificador; Esterhazy «un hermoso tipo de criminal;» Lebon, un Torquemada en frío; Guerin, un singular y falso depositario de los secretos de la justicia, etc. etc. etc.

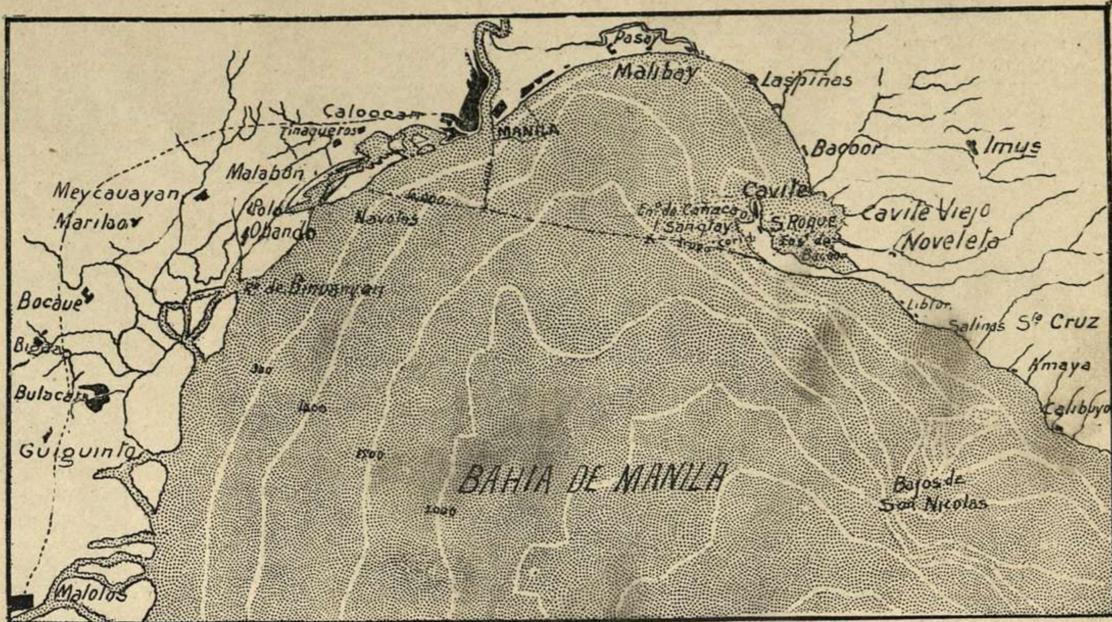
Con Dreyfus y para defender su honra y fueros del hombre saltaron á las arenas candentes Scheurer-Koestner que abdicó las prerrogativas de su alta posición política; Picquart, un justo, un desinteresado, un valeroso, el más joven de los coroneles franceses, que rompió su espada y su carrera brillantísima para hacer honra á su conciencia; Zola, un apóstol; Mad. Dreyfus, mártir y heroína, y por último, Labori, herido en plena lucha por mano alevosa, y que reproduciendo la leyenda de Anteo, cayó para levantarse más grande y más fuerte.

## LA GUERRA EN LAS FILIPINAS.

Las publicaciones francesas, semanarias y diarias, han abierto una averiguación desapasionada sobre la guerra de Filipinas, enviando corresponsales que estudian escrupulosamente las condiciones y los resultados de la campaña.

Como prueba de imparcialidad publicamos algunas impresiones de esos corresponsales, sin comentarios favorables ó adversos para ninguno de los partidarios contendientes. Un articulista de *El Figaro*, condensa en un artículo lleno de apreciaciones justas los acontecimientos de la campaña iniciada el 4 de Febrero y hace atinadísimas observaciones sobre el fin probable de las hostilidades. Extractamos algunas de esas observaciones.

Por un esfuerzo de dinero relativamente insignificante, de algunos buques y de unas cuantas armas, ganar un archipiélago tan vasto, tan rico y capaz de expedir á los grandes fabricantes de la metrópoli tabacos y azúcares nacionales gracias á la conquista, es decir, que no paguen derechos aduanales, hubiera sido una operación maravillosa aún para los Estados Unidos habituados como están á hacer en grande su negocio. Pero se había contado sin el Tagalo: desde que Aguinaldo y sus partidarios comprendieron la realidad de la conquista, el aliado de la víspera se convirtió en enemigo irreductible al oro americano. No



MAPA DEL TERRENO DE OPERACIONES.

Al Este de Manila 20 kilómetros hasta las tomas de agua de la ciudad en un río navegable.

Al Sur de Manila, 4 kilómetros hasta Pasay en donde el corresponsal vió á las vanguardias americanas á 800 metros de las vanguardias filipinas.

La Península de Cavite está ocupada, pero cuatro meses de combates y bombardeos de Paranaque no han podido establecer la comunicación ni un solo día entre Manila y Cavite.

Los Puertos de Ilo-Ilo, Negros, Cebú y Yolo.

Como se ve, esto es muy poco y examinando un mapa general de las Filipinas comprende uno que eso no es nada.

Sin ser profeta se puede asegurar que á menos que sobrevenga un acontecimiento extraordinario y poco probable como una traición de los jefes filipinos ó algo por el estilo, necesitarán los americanos para avanzar mucho tiempo, más dinero y un ejército considerable. A medida que avancen, las dificultades serán mayores en un país cada vez más inextricable en donde en vez de ejército enemigo encontrarán cada noche gavillas furtivas ocultas en las malezas.

Una sola vez han podido los americanos dirigir sus esfuerzos contra todo el grueso del enemigo: fué al principio de las hostilidades y no pudieron aniquilarlo; después, no se les ha vuelto á presentar la ocasión.

En el Oeste y en el Sur se confiaron las operaciones al General Wheaton, y ya hemos visto que ha ganado sólo algunos cuantos kilómetros. Conviene advertir, sin embargo, que el esfuerzo más importante se ha dirigido hacia el Norte, por el General Mac Arthur, y que todo lo que se ha conquistado en esa dirección lo fué en los meses de Febrero á Junio. En esta región se han librado los combates más numerosos y más sangrientos; para que se sepa qué clase de terreno es ese, imaginense tres bandas paralelas y distintas: la primera á la orilla del mar, formada de

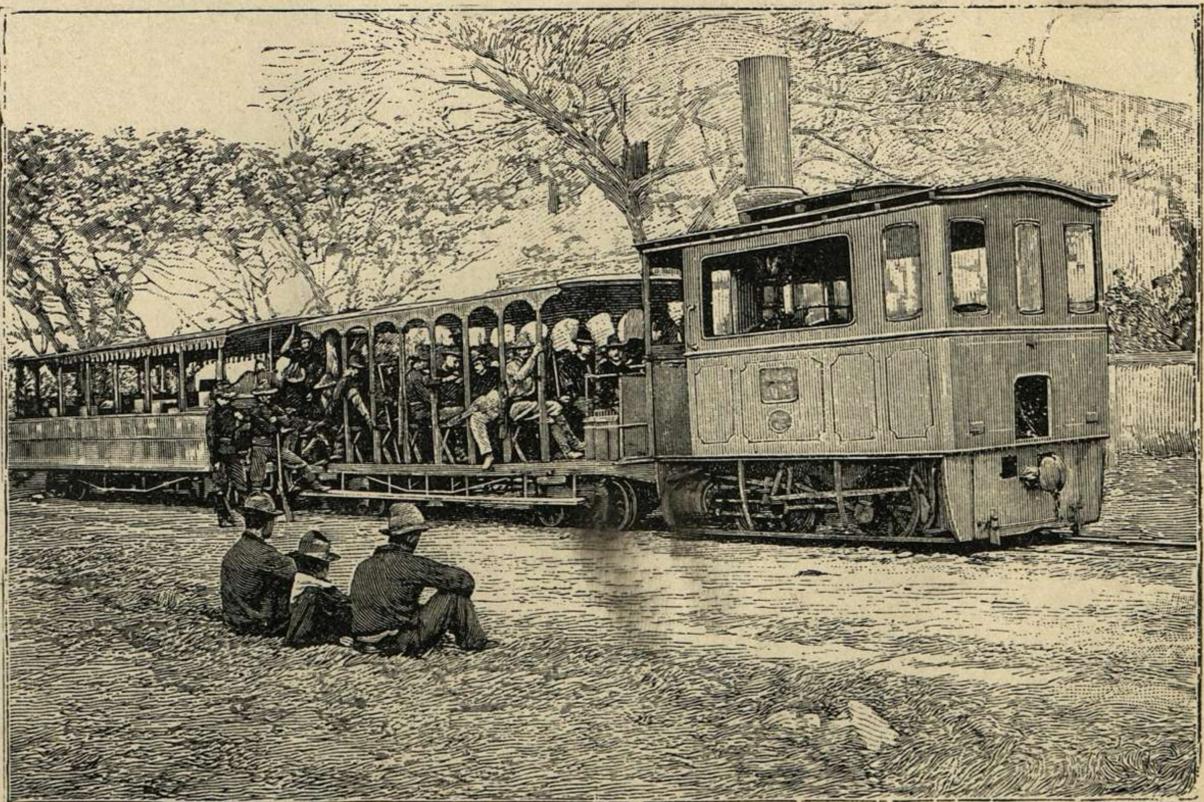


SOLDADOS AMERICANOS DEFENDIENDO EL CAMINO DE CALOCCAN.

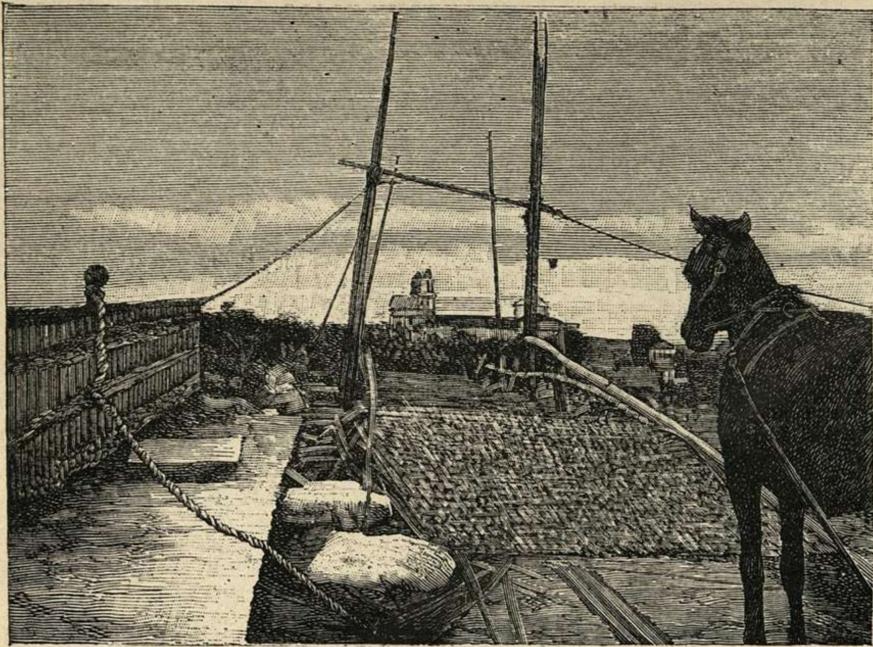
es sólo dinero lo que se necesita, sino sangre y mucha sangre de electores americanos para llevar á cabo una conquista en la que todos los elementos conspiran contra el invasor.

La situación del General Otis es difícilísima; para satisfacer á la opinión americana excitada en algunos Estados, y para no dejar un arma electoral peligrosa en manos del partido demócrata, es necesario el fin de la guerra el General Otis debe pues, ó hacer la paz ó sojuzgar á los filipinos. Ambas cosas tienen grandes dificultades: el amor propio americano que no reconoce nada igual en el mundo, no puede admitir una composición con gentes de raza inferior: Washington no aceptará la paz á menos que los filipinos entreguen sus armas y se rindan á discreción.

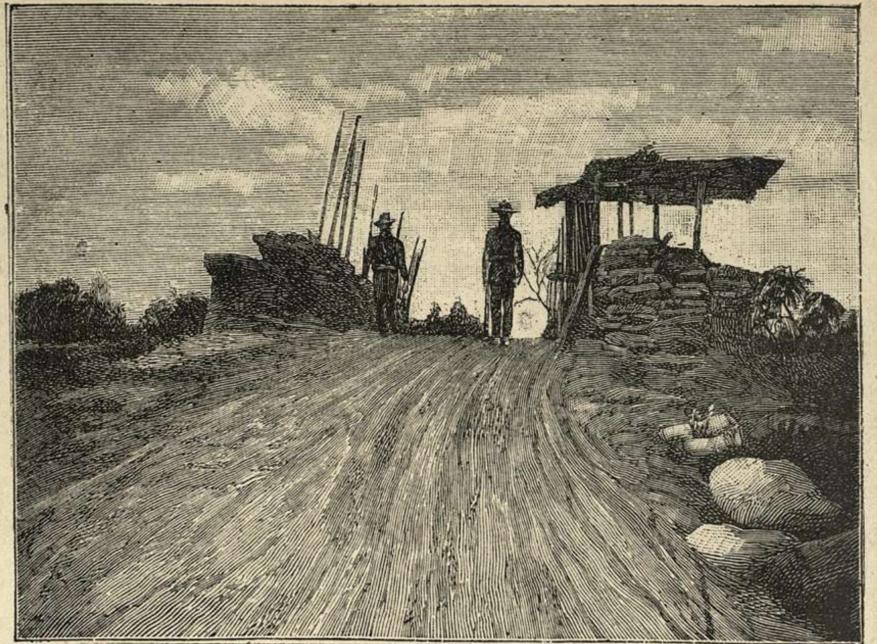
La destrucción de los filipinos no es asunto de poca monta y desde hace seis meses los acontecimientos prueban que los americanos no los conocen ni pueden conocerlos, porque los ciega el orgullo de raza; no pueden creer que el tagalo sea un hombre capaz de medirse con el cow-boy de Nebraska ó con las tropas regulares de Young. Una escuadra que bloquea las costas, una flotilla que penetra por todos los ríos y cuarenta mil soldados con armamento superior, con veinte baterías de campaña y otras tantas ametralladoras y con todos los medios que procura el dinero, con la libertad del mar y una base de operaciones como Manila; con todos estos medios empleados contra rebeldes de raza inferior que disponen de quince mil fusiles y que se ven obligados ellos mismos á fabricar una pólvora de calidad inferior, no han ganado positivamente sino las siguientes ventajas: al Norte de Manila la vía del Ferrocarril, 60 kilómetros, y el curso del Río Grande, 40 kilómetros.



UN TREN DE REFUERZOS LLEGANDO A MALOLOS.



UNA PUENTE PROVISIONAL DE BAMBU.



CENTINELAS GUARDANDO UNA PUENTE.

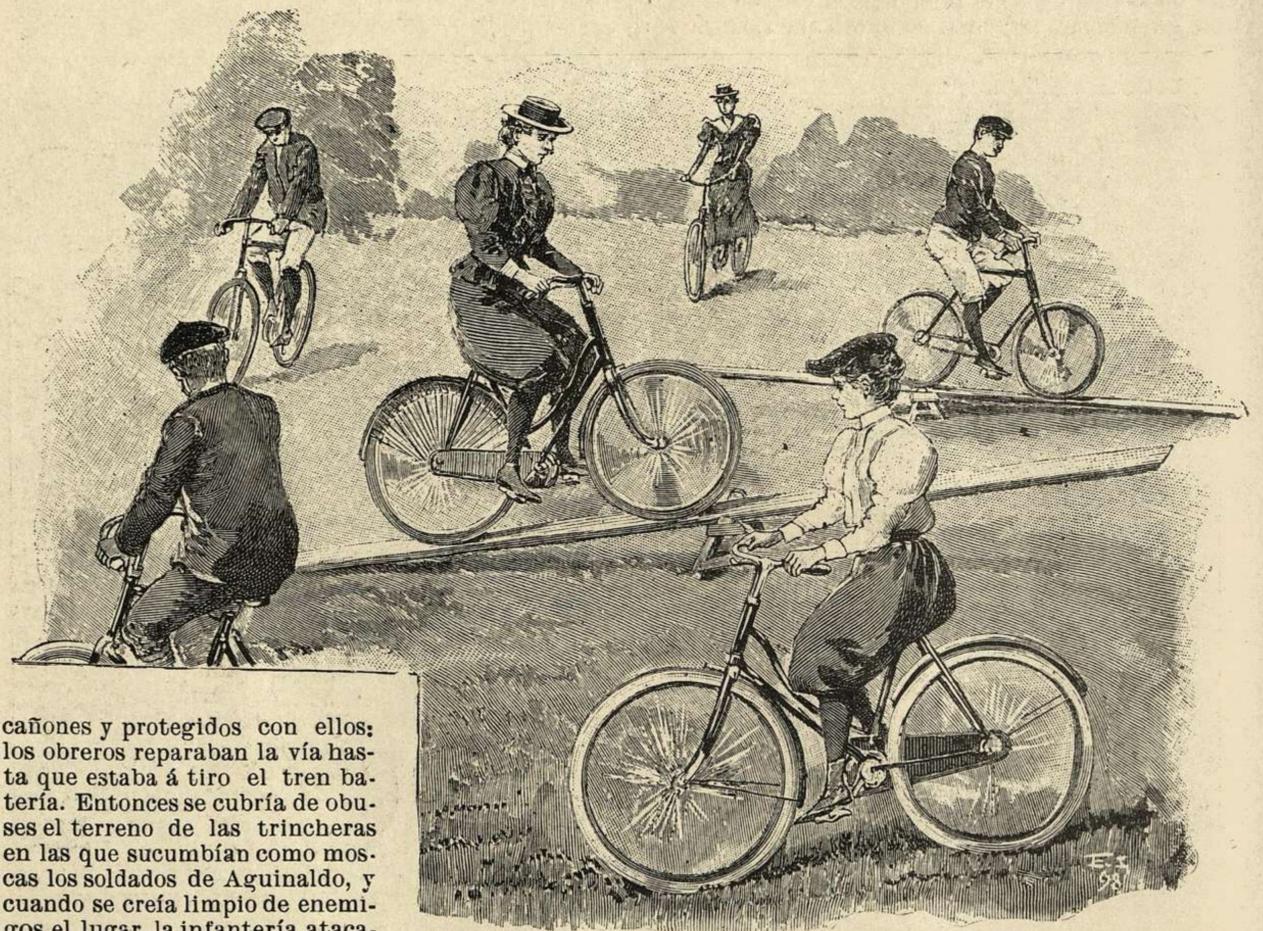
arenales bajos y con una anchura de 2 á 5 kilómetros; la segunda, de llanuras de 5 á 10 kilómetros cortadas por ríos, arroyos y canales, y llena de poblaciones entre bosques y matorrales, cruzados por el ferrocarril de Manila á Dagupán, y por último, la tercera, más montuosa y con un buen camino.

En la costa del Sur y en los ríos navegables, las operaciones han estado encomendadas á los cañoneros, contra los cuales nada tenían que oponer los filipinos; algunos de ellos tienen seis cañones y cuatro ametralladoras, y son más formidables que diez regimientos.

En la llanura cruzada por el Ferrocarril con la vía como base, como centro y como medio de avance y de aprovisionamiento, en una palabra, como órgano esencial, las brigadas del General McArthur avanzaron lenta y metódicamente hostilizadas las fuerzas mejores de los filipinos. Hubo cuatro jornadas principales marcadas con batallas muy rudas: el 5 de Febrero los americanos tomaron Caloocán á 5 kilómetros de Manila; el 25 de Marzo tomaron Malinta y Polo á 15 kilómetros; el 31 de Marzo, Malolos á 40 kilómetros; el 20 de Mayo Calumpit á 45 kilómetros, y el 24 de Mayo Santo Tomás y San Fernando á 70 kilómetros.

Después de la derrota del 5 de Febrero, Aguinaldo instaló su cuartel general en Malolos detrás de las posiciones sucesivas de Malinta, Polo, Bocá, Bigaa, Guiguinto y Santa Isabel defendidas por trincheras y obras de tierra con bambús entretejidos. Por mal de los filipinos había entre ellos un ingeniero educado en Bélgica, y recordando el trabajo que les costó tomar las trincheras y los blockhaus defendidos por los españoles de Manila, supusieron que esas obras los protegerían contra los americanos. Le dieron pues carta blanca á su ingeniero, el cual puso en práctica todo lo que enseñan los tratados más completos de fortificación de campaña. Esto les perdió y es fácil comprenderlo.

En una anchura de quinientos á dos mil metros á través del ferrocarril cerraban la llanura con sus obras de fortificación. Los americanos ponían delante de sus locomotoras wagoes blindados armados de



cañones y protegidos con ellos; los obreros reparaban la vía hasta que estaba á tiro el tren batería. Entonces se cubría de obuses el terreno de las trincheras en las que sucumbían como moscas los soldados de Aguinaldo, y cuando se creía limpio de enemigos el lugar, la infantería atacaba por el frente y por los flancos. Naturalmente cuando llegaba á la posición enemiga ya no encontraba sino cadáveres. Lo único que sorprende en esta campaña

«SUBE Y BAJA.»

es la fuerza de resistencia de los filipinos ante un enemigo y ante un procedimiento de ataque tan formidables.

Sería erróneo concluir de estos hechos en la inferioridad militar de los americanos y lo único que puede sacarse en claro es que son muy lentos en sus maniobras. Así cuando hubo que hacer el gran esfuerzo de fines de Marzo que concluyó con la toma de Malolos, el plan de campaña exigía que la brigada McArthur atacase de frente por el ferrocarril, mientras que la brigada Othon debía seguir el camino de San José á Bustos para flanquear á Aguinaldo. El camino era de cincuenta kilómetros y los voluntarios americanos emplearon veinte días en recorrerlo y cuando llegó á Malolos la brigada ya la plaza estaba tomada desde hacía ocho días y los filipinos se reorganizaban en Calumpit.

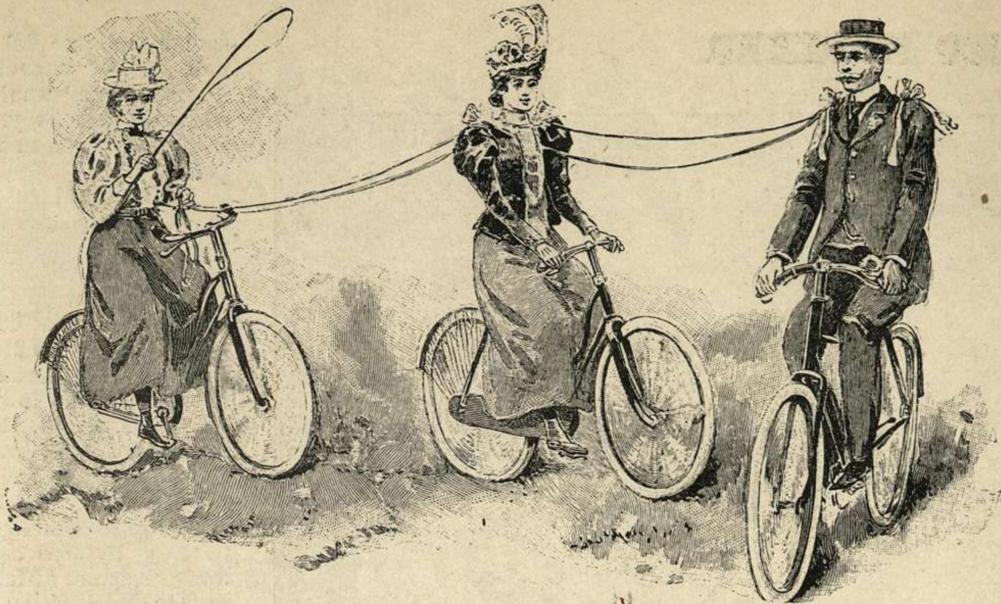
### JUEGOS PARA CICLISTAS.

Entre los numerosos adeptos de la bicicleta, hay algunos que no tienen la obsesión del «kilómetro» y que más aprecian en su sport favorito la calidad que la cantidad.

Para éstos, que no abrigan las pretensiones de batir «records», son los juegos que en grabados presentamos á nuestros lectores, juegos que están muy en boga en Alemania y que quisiéramos ver aclimatarse entre nosotros, porque á su gran recreación reúnen la circunstancia de ser higiénicos, pues constituyen un buen ejercicio sin fatigar sobremanera.



JUEGO DE PELOTA.



GUIA A LA ALTA ESCUELA.

Entre nosotros el sport de la rueda cuenta con un número increíble de adeptos, que pertenecen á todas las clases sociales, y que muy frecuentemente llegan á sentirse cansados y abandonan al «caballo de acero», sólo por que ya han recorrido repetidas veces el «ciclo» de excursiones que están á su alcance y ya no encuentran atractivo en seguirlos.

Si varios de éstos se reúnen en una pradera que sea suficientemente plana para la bicicleta, con muy insignificantes accesorios pueden divertirse con amplitud, aprovechando las hermosas tardes otoñales que ya se aproximan.

Pueden ejecutarse con la bicicleta casi todos los juegos acostumbrados en los manéges de equitación. Así por ejemplo la *Guía á la alta escuela* que es tan conocida y que recrea, no obstante que tiene poca diferencia con un juego de niños.

También el sport de ensartar los anillos pendientes de un cordel y puestos en movimiento, puede ejecutarse en bicicleta.

Más divertido y exigiendo mayor destreza y seguridad en el manejo del «wheel» se presenta el «*sube y baja*» que, como puede verse en nuestro grabado, consiste en trasponer una tabla, puesta, en su centro, sobre un apoyo de muelles.

El juego de pelota en bicicleta es también muy atractivo. Se observan en él las mismas ó análogas reglas que para el polo, que todos conocemos, pero es preciso advertir que aquel es mucho más difícil, puesto que una bicicleta en determinados casos, no obedece con la misma docilidad que un caballo.

Por último tenemos la *caza al zorro* que consiste en alcanzar a un individuo á quien se ha dado determinada ventaja en la partida y que lleva como distintivo una cola de zorro.

Estamos seguros de que muy en breve podremos ver estos juegos ejecutados por nuestros ciclistas.

\*\*

En los últimos tiempos el sport al aire libre que pone en sana agitación todos los músculos, se está aclimatando entre nosotros.

En los poteros que encuadran la calzada de la reforma, puede verse día á día grupos de jóvenes que se entregan á esos juegos de fuerza importados del Norte.

Antaño, los ejercicios corporales de nuestra juventud se reducían á la gimnasia de salón que se efectuaba en los colegios primarios y luego, con la natu-

ral pereza física de nuestra raza, entregábase la juventud á una vida sedentaria, atrofiándose y matando su energía física, que es uno de los más poderosos elementos para el bienestar de las naciones y de los individuos.

El ejercicio de la equitación, ya proverbial entre nosotros, está pasando á la historia. Apenas si en las fincas rústicas se ejercita todavía de una manera completa y sólo por gañanes bravíos.

Pero en las ciudades, en donde el ejercicio físico se hace todavía más indispensable para aliviar los nervios de las tensiones del asfalto, es preciso fermentar enérgicamente toda clase de sport sanos y nuestro Semanario se propone, de tiempo en tiempo, dar cuenta de los juegos y ejercicios más usados en el extranjero, con la esperanza de que hallen aficionados y cultivadores en México.

### Flammarion traidor.

El mundo de los espíritus anda alborotadísimo y la cosa no es para menos: un traidor vivía entre ellos y de tal modo ha comprometido la causa no muy boyante del espiritismo, que si no dió al traste con ella, muy cerca anduvo.

El traidor es M. Camilo Flammarion, el ilustre sabio, el poeta de la astronomía, el vulgarizador más inteligente de la ciencia menos vulgarizable.

Este simpático hombre de colosal talento y dotado con una imaginación volcánica, se prendió del espiritismo al primer golpe de vista como sucede á casi todos los hombres de imaginación siempre que leen por vez primera esas prodigiosas concepciones espiritistas, tan seductoras para el sentimiento, como de-

leznable é inconsistentes ante el severo y frío trabajo del análisis racional.

Desde luego M. Flammarion resultó ser un excelente médium y para no desaprovechar sus facultades medianímicas, púsose á hacer invocaciones y, cosa naturalísima! el espíritu que primero acudió á ellas fué el de Galileo Galilei.

Esto pareció por entonces muy lógico: claro es que el espíritu de un genio exclusivamente consagrado en vida á la más noble de las ciencias y que tan grandes conquistas supo hacer en ésta, no habria de querer ponerse en comunicación con un *quidam* que le hiciese preguntas necias é indiscretas á él que ante el patíbulo, supo decir la inmortal frase: «*E pur si muove!*»

Galileo, es decir, su espíritu, sólo podía consentir en comunicarse con un hombre capaz de comprender toda la grandeza del genio inmortalizado por la humanidad sin necesidad del espiritismo. Y ¿quién más capaz de comprender á Galileo que Flammarion? Nadie ha sabido como el ilustre francés dominar la aridez de la cosmografía matemática para remontarse hasta las altísimas cimas desde donde, sin prescindir de la ciencia, alcanza el hombre á vislumbrar la grandiosa é infinita poesía de la Creación.

Y como era preciso, Galileo y Flammarion entablaron sublime plática espiritual sobre el mecanismo del universo, y juntos sorprendieron asombrosos secretos que la ceguedad física y la estrechez de concepción de la humanidad, habían hasta entonces velado á la ciencia; juntos oyeron quizá aquella misteriosa música de las esferas, aspiración suprema de los místicos medioevales.



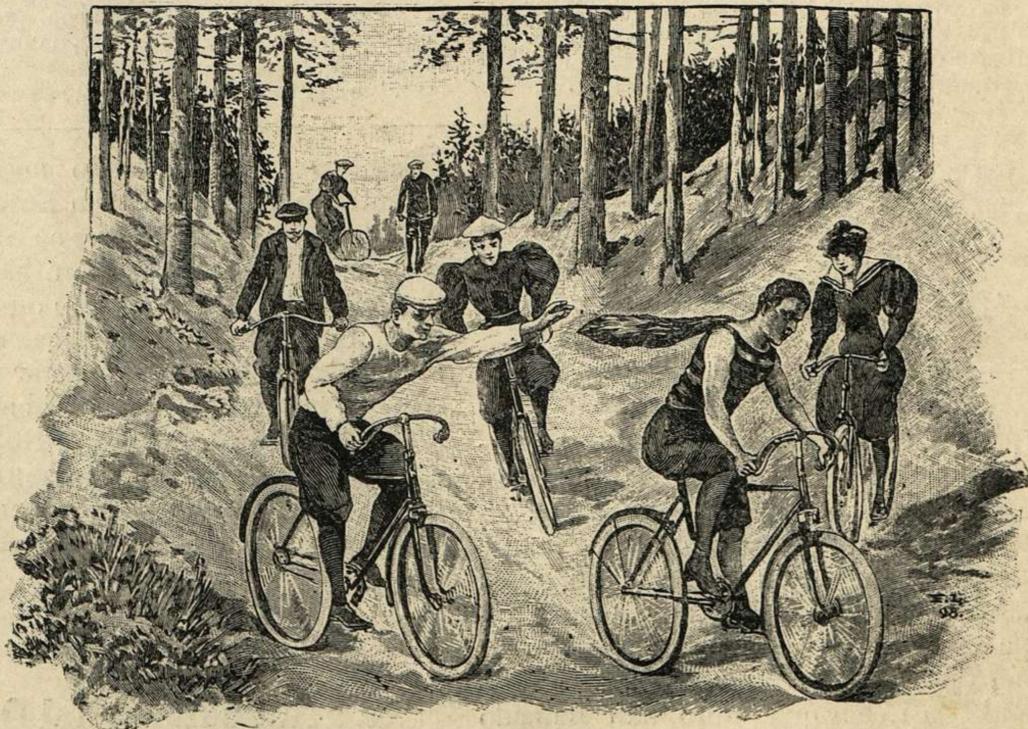
LOS ANILLOS.

Del transcendental diálogo del espíritu de un genio difunto, indiscutiblemente inmortal, con un talento vivo y en plena actividad material, de esta especie de unión metafísica y misteriosa, nació un libro cuya paternidad atribuyó Flammarion á Galileo, haciendo el sabio francés de su alma con esta declaración, una nueva rosa mística fecundada por el Verbo eterno de la idea.

Después escribió Flammarion otros libros pletóricos



ENSARTANDO CARTAS.



CAZA AL ZORRO.

## MEXICO MODERNO.

de fé en la teoría de dogmas espíritas. Llegó á hacer con su potente imaginación, maravillosas evocaciones de la vida de los espíritus en otros planetas, más lejos aún, en astros y soles cuya lejanía de este mísero átomo en que moramos, parecería creación imaginativa si las matemáticas no la impulsieran como verdad absoluta.

Y uniendo en prodigioso consorcio la ciencia y la novela, la verdad impuesta por la razón á la belleza creada por la fantasía, produjo verdaderas obras de arte en las que es imposible admirar más al sabio que al artista.

Obras que abundan en bellezas literarias creadas para engarzar como valiosísimas gemas, las verdades científicas que podrían creerse realmente debidas á la revelación si solo se atendiera á su novedad y á que aún no están del todo confirmadas por la observación directa aunque sí lo estén por el raciocinio estrictamente científico.

Pues bien, he aquí que después de haber dedicado la mejor y mayor parte de su vida á la propaganda y á la creencia del sistema espiritista, M. Flammarion con la serenidad del verdadero creyente en la Ciencia, exento de las tenacidades del fanatismo y dotado de esa grandeza de espíritu capaz de comprender que la confesión de un error, supone un triunfo sobre la mentira y no una debilidad; pues bien el gran astrónomo acaba de declarar que debido á una serie de estudios psico-físicos, ayudados de pacientes observaciones, ha llegado á adquirir la convicción de que no existe ni puede existir la pretendida comunicación entre los espíritus de los vivos y los supuestos espíritus libres ó errantes de los muertos; que las revelaciones de hechos al parecer sorprendentes y solo conocidos de quienes las reciben, son simples casos de auto-sugestión, soliloquios, confesiones íntimas, extornaciones cuando más del propio espíritu, de la propia fuerza psíquica.

Por eso es que á él le visitó de preferencia el espíritu de Galileo, como un militar habría sido visitado por el de Napoleón Bonaparte, un ladrón por el de Dimas y un necio por el de otro necio que es lo que su-



CASA DEL SR. OCTAVIO FERNANDEZ.—CALLE DE ROSALES.

cede en todas las sesiones caseras de espiritismo: á preguntas necias... respuestas chocarreras.

Este hecho, universal y constantemente observado en las comunicaciones medianímicas, es el más poderoso para desmentirlas. Todo el que con más ó menos buena fe ha evocado, bien á un espíritu determinado, bien á cualquiera que tenga á bien obsequiar la evocación, se ha encontrado con que ese espíritu le habla en su lenguaje habitual, de sus propias preocupaciones, de sus secretos íntimos y, en general, de hechos que le son conocidos y que se encierran forzo-

qual nuevo Moisés que acude á Jehovah para escribir su Decálogo, así él acudió á los Santos y á los filósofos místicos para darle cuerpo de doctrina á sus inmensas creaciones imaginativas.

Ya vemos por este ligero estudio, muestra pequeñísima de los hechos por Flammarion y de los que pueden hacerse sobre la interesante cuestión del más allá del espíritu, del «ser ó no ser» del príncipe dinamarqués, que el autor de *Urania* no modificó sus creencias tan ligeramente como parece.

M. ROMERO IBÁÑEZ.

## Nuestras obras ilustradas.

### Los Tres Mosqueteros.

A varios de nuestros lectores les ha causado extrañeza que al concluir la publicación de LOS TRES MOSQUETEROS, no se publicara la siguiente obra de Dumas, «VEINTE AÑOS DESPUES.» La siguiente explicación convencerá á todos: nuestro objeto al hacer la edición lujosa de LOS TRES MOSQUETEROS no fué dar á conocer la obra, que apenas habrá persona que no la haya leído; nos preocupamos por publicar las notabilísimas ilustraciones de Leloir que tanto han llamado la atención en el mundo artístico. Pero Leloir no ilustró otra obra de Dumas más que la publicada, y sería una profanación imper-

donable seguir ilustrando nosotros las siguientes obras, cuando ni en Europa, en donde hay consumados artistas en este género de trabajo, se han alentado para hacerlo.

Ahora bien, como el tomo que da nuestra edición de LOS TRES MOSQUETEROS es bastante delgado para encuadernar un volumen regular, publicaremos la otra obra de Dumas, EL CABALLERO DE LA CASA ROJA.

Esta obra y LOS TRES MOSQUETEROS, formarán un volumen á todo lujo que dejará satisfechos á nuestros más exigentes abonados.

En el folletín de EL MUNDO DIARIO, se publicarán después las obras de Dumas.

### La gran edición del Quijote.

Preparamos la publicación de esta obra con más lujo que LOS TRES MOSQUETEROS,

y nos aventuramos á decir que será una de las mejores ediciones hechas hasta hoy. Contendrá las mejores ilustraciones de Balacar, y de Gustavo Doré.

### Las obras de Riva Palacio.

Con extraordinario cuidado y con gran acopio de datos relativos á la época en que se desarrollan los acontecimientos se están ilustrando las obras de uno de nuestros más aplaudidos escritores.

La publicaremos también en edición de lujo, y de la mejor manera que esté á nuestro alcance.

Comenzaremos á cumplir estos ofrecimientos desde el mes entrante, para lo cual, en estos momentos se está armando la nueva maquinaria que se pidió á los Estados Unidos, y que nos es precisa para las ediciones de lujo.

samente dentro del círculo de su capacidad moral é intelectual, de sus aspiraciones y, en una palabra, de su vida psíquica.

No se da el caso de que un médico, por ilustre que sea, Pasteur por ejemplo, recibiera la visita espiritual de Galileo para hacerle confidencias sobre la pluralidad de los mundos habitados como lo recibió Flammarion. Esto lo dice el mismo astrónomo invirtiendo el caso. En cambio, si Pasteur hubiese sido espiritista y hubiese hecho una evocación, difícil es pensar qué espíritu hubiera acudido á su llamamiento, puesto que siendo la Bacteriología una ciencia del todo nueva, no habría habido espíritu legalmente autorizado para venir á hacer revelaciones sobre ella.

Cierto es que el espiritismo atribuye la concidencia á los espíritus libres de la materia, de tal modo que el mismo Galileo puede, según ese dogma, acudir á una evocación y hablar con el mismo acierto é igual dominio del asunto, tanto de astronomía, como de bacteriología, de mecánica celeste ó de los rayos X, del ferrocarril ó del telégrafo sin hilos; todo le es igualmente conocido á un espíritu desligado de las debilidades é insuficiencias de la materia: pasado, presente y porvenir.

Y sin embargo, cosa rara y que deja abierta y amplísima brecha en la coraza lógica del sistema espiritista: no se ha dado el caso de que un espíritu venga á conversar con los vivos sobre asuntos que desconozca. Muy al contrario, el mismo Allan Kardec para escribir los libros fundamentales de su sistema filosófico,

# BAJO EL SAUCE.

I



A CAMPIÑA que rodea la pequeña ciudad de Kjoegé, en Seeland, es muy pobre; situada á orillas del mar, aunque este elemento ofrece siempre singulares encantos, las playas de Kjoegé, á decir verdad, podrían ser más bellas. Al redor de la población se extiende una llanura monótona, sin el menor accidente, compuesta de campos sin árboles y con un camino que en fila en línea recta el bosque más cercano.

No obstante, basta haber nacido en un país para tenerle apego: por pobre que sea, no es difícil descubrir algo en él que ofrezca un encanto particular, y que más tarde, en los días de ausencia, se echa de menos y se desea ver nuevamente: algo que no puede hacer olvidar la presencia de comarcas más deliciosas.

Ahora digamos en honor de Kjoegé, que al extremo de la población, junto al arroyo que desemboca en el mar, se encuentran algunos pequeños jardines, en los que, en verano sobre todo, siempre que medie un poco de buena voluntad, puede uno creerse en un paraíso.

Así por lo menos lo consideraban un niño y una niña, hijos de dos familias vecinas, los cuales solían ir á jugar á aquel sitio, deslizándose por entre la cerca de groselleros que separaba los jardines de sus casas respectivas. En uno de esos jardines había un sauco y en el otro un sauce: este último era el árbol favorito de la infantil pareja, permitiéndoles sus padres jugar á la sombra del mismo, aunque por su proximidad al arroyo hubieran podido caer en el agua; pero afortunadamente la Providencia vela por los pequeños, sin lo cual más de una vez éstos serían dignos de lástima.

Por su parte los dos niños ponían mucho cuidado en evitar una desgracia; el muchacho tenía tanto miedo al agua, que en la estación veraniega no había medio de decidirle á darse un remojón en el mar; sin embargo de que todos los niños de su edad se recreaban zambulléndose en las olas. En vano picaban su amor propio y le dirigían pullas y chanzonetas; todo era inútil para hacerle vencer su horror al agua; sufría las bromas y se callaba.

Pero Juana, su compañerita, soñó una vez que dentro de una barca andaba bogando por el mar, y que él (él se llama Knoud) corría hacia ella; que el agua le cubría el cuello, que luego le cubría la cabeza y que últimamente acababa por desaparecer envuelto en las ondas. Desde que Knoud tuvo noticia del sueño de su amiga, ya no aguantó por más tiempo las bromas de los demás chiquillos. El había estado en el agua: Juanita lo había visto en sueños; pero no por esto se aventuró nunca á zambullirse, contentándose con ponerse muy orgulloso con el sueño de su amiguita!

Los padres de ambos niños eran buenos amigos. Knoud y Juanita iban siempre juntos, jugando ora en los jardines, ora en la carretera, en cuyos bordes había una hilera de sauces; pero tan desmedrados y con sus cimas tan decoronadas, que bien se veía no los habían plantado por la sombra que pudieran dar, sino por la utilidad que reportaban. En cambio, el sauce del viejo jardín ya era otra cosa: nada más hermoso que este árbol con sus prolongadas y espesas ramas formando una especie de glorieta, en donde

los dos muchachos gustaban de pasar la mayor parte del día.

Había en la población una gran plaza, y en ella se celebraban ferias y mercados. En días de feria llenábase de largas calles formadas de mesas, tiendas y barracones que se cubrían de cintas, juguetes, calzado y de todos los objetos imaginables. Por esas calles discurría sin cesar una espesa muchedumbre. Entre las mesas se contaba una llena de piezas de mazapán, y el mercader que la tenía á su cargo durante los días de feria, se hospedaba en casa de los padres del pequeño Knoud, lo que hacía que éste de vez en cuando se viese obsequiado con un pedazo de esta sabrosa golosina, que, como es natural, compartía con su Juanita.

Pero lo que para los muchachos valía indudablemente más que estos regalos, era que el mercader sabía un sin fin de cuentos sobre toda suerte de cosas imaginables, incluso los mazapanes. Una noche contó una historia á propósito de esto, que produjo en los dos niños una impresión tan profunda, que ya nunca, jamás, en toda la vida, debían olvidarla. Creo que será bueno reproducirla íntegramente, pues tiene la ventaja de no ser muy larga.

«Tenía en el aparador de mi tienda, dijo, dos figuritas de mazapán: la una era un hombre y llevaba sombrero, la otra una señorita y no lo llevaba. No tenían forma humana más que de un lado; del otro no había que mirarlos. Por lo demás, todos los hombres son lo mismo, y no hay que examinarles por su envés. El monigote llevaba pegada á su costado izquierdo una almendra amarga, era su corazón; en cuanto á la señorita, era toda ella una masa de miel. Yo les había puesto de muestra en el aparador y estuvieron juntos durante tanto tiempo, que acabaron por amarse; pero sin que ni el uno ni el otro se atreviera á declarárselo. No obstante, era necesario que se hablasen si querían ver correspondida su ternura y llegar á algún resultado.»

—«A él, como hombre, le toca comenzar.» pensaba ella, y no ambicionaba otra cosa que saber si era correspondida en su secreta afición.

«Respecto á las ideas del joven, eran mucho más vastas, como suelen serlo siempre, tratándose del sexo fuerte. Imaginábase que era un muchacho callejero, uno de esos que él veía pasar todos los días por delante de la tienda, y se hacía la ilusión de que tenía cuatro cuartos, con los cuales podía comprar á la señorita para comerse la.

«Así, ensimismados en estas ideas, pasaron días y semanas en el aparador, hasta que con el tiempo se secaron. Las ideas de la joven eran cada vez más tiernas, afectuosas y dignas de una señorita bien educada.

—«Ya puedo darme por dichosa, se decía suspirando, de haber podido permanecer tanto tiempo á su lado.»

Y ¡crac! de repente se agrieta, se parte en dos y muere.

—«Si hubiese comprendido mi amor, exclamó el joven, ¡oh! de fijo que habría soportado la existencia.»

«Aquí acaban la historia y sus dos héroes. Tened presente que no son ellos los únicos que por su culpa se encuentran en el mismo caso. A otros que no son de mazapán les sucede lo mismo: el amor mudo á nada conduce. Tomad, os las regalo.»

Y entregó á Juanita la figura del joven que aún estaba entera, y Knoud recibió los dos pedazos en que se había dividido la de la señorita. Pero á los dos muchachos les había impresionado tanto esta conmovedora historia, que no tuvieron ganas de hincar el diente en los dos enamorados.

Al día siguiente llevaron las figuras al cementerio. Sentáronse en el césped junto al muro de la iglesia, tapizado, tanto en invierno como en verano, con ricas guirnaldas de yedra. Colocaron las dos figuras en una hornacina rodeada de verdura é inundada por la luz del sol, y contaron á un enjambre de muchachos la historia del amor mudo que no conduce á nada.

El cuento gustó extraordinariamente; pero cuando se disponían á mirar de nuevo á la infortunada pareja, encontráronse con la novedad de que la señorita había desaparecido; un muchacho algo crecido, aprovechando la distracción de los demás, se la había zampado disimuladamente. Knoud y Juanita rompieron á llorar con amargura; pero por último, probablemente para no dejar al joven solo en el mundo, se lo comieron también, sin que por esto echaran la historia en olvido.

En lo sucesivo continuaron jugando bajo el sauce y el sauco. La niña solía entonar las más hermosas canciones con una voz vibrante y pura como los sonidos de una campana argentina; en cuanto á Knoud, el pobre no tenía voz para acompañarla en el canto; pero sabía la letra de memoria, y con esto se contentaba. Las gentes de Kjoegé, incluso la esposa del fabricante de juguetes, que había residido largo tiempo en la capital, se paraban con frecuencia á oír los cantos de Juanita.

—«Esta muchacha, decía la indicada señora, tiene una voz deliciosa.»

Días de ventura eran aquellos, que no habían de durar mucho. Las dos familias se separaron. Murió la madre de Juanita, y su padre trató de casarse nuevamente, pero en la capital, en donde le dijeron que se ganaría la vida mejor que en su pueblo, entrando de recadero en una buena casa, cuyo lucrativo empleo le tenían reservado.

Al separarse las dos familias, virtiéronse algunas lágrimas: en cuanto á los niños lloraron y sollozaron, prometiendo escribirse por lo menos una vez al año.



II

Knoud entró de aprendiz en casa de un zapatero, pues ya era demasiado talludito para que sus padres le dejaran correr por los campos perdiendo el tiempo. Por fin hizo las pruebas del aprendizaje; ¡y qué no hubiera dado en un día de fiesta tan señalado, por hallarse en Copenhague, en presencia de su inolvidable Juanita! Pero ¡ay! aún debía permanecer en Kjoegé durante algún tiempo.

No había estado nunca en la capital, á pesar de que ésta se hallaba situada sólo á cinco millas de su residencia. En los días serenos, Knoud divisaba más allá del golfo las altas torres de Copenhague, y el día de su confirmación vió distintamente los reflejos del sol sobre la cruz dorada que corona la cúpula de la iglesia de Nuestra Señora. ¡Cómo volaron sus pensamientos hácia su antigua compañera!

Y ella ¿pensaría en él aún? Sí. Por Navidad recibieron carta de su padre, notificándoles que todo les iba á pedir de boca en Copenhague; y que respecto á Juanita, á causa de su hermosísima voz, la auguraba todo el mundo un porvenir brillante. Añadía que la niña tenía colocación en la comedia, es decir en la comedia en que se canta, ganando algún dinero, y que era ella la que le encargaba enviase un escudo á sus queridos amigos de Kjoegé, para que pasaran una divertida noche de navidad. «Bebed un sorbo á mi salud,» añadía de su puño y letra en la post-data, y además las siguientes palabras: «Mis mejores recuerdos á Knoud.»

La lectura de esta carta hizo verter lágrimas á toda la familia; pero como las noticias eran tan satisfactorias, esas lágrimas fueron de alegría. El recuerdo de Juana había venido embargando sin cesar el pensamiento de Knoud, quien no cabía en sí de gozo, al observar que ella tampoco

le olvidaba. Cuanto más se aproximaba el término de su aprendizaje, más persuadido estaba de que se casaría con Juana. A esta idea dibujábase una sonrisa en sus labios, y este pensamiento le venía á las mientes en su trabajo, por lo que tiraba del hilo con doble rapidez, y aún le sucedió alguna vez que, apoyándose con todas sus fuerzas en el tirapié, se clavó la lesna en un dedo, sin hacer de ello caso alguno. De lo que Knoud estaba bien seguro, era de que cuando llegara el caso, no había de perderse por callar su amor, á imitación de los dos enamorados de mazapán, cuya historia debía servirle de ejemplo y enseñanza.

Por fin pasó á oficial. Con el morral á la espalda, vedle ya en camino de Copenhague, en cuya ciudad no ha estado nunca, y á la cual va colocado de antemano en casa de un maestro zapatero. ¡Qué alegre se pondrá Juana al saberlo! ¡Qué sorpresa experimentará cuando le vea! Juanita tenía diez y siete años y Knoud diez y nueve.

El joven trataba de comprarle una sortija en Kjoegé; pero después de reflexionarlo mejor, tuvo por seguro que había de encontrarlas más hermosas en la capital. Despidióse de sus padres y en un lluvioso día de otoño dejó su ciudad natal, haciendo el viaje á pié. Caían las hojas de los árboles, y llegó á Copenhague bastante calado, dirigiéndose en seguida á casa de su patrono. Al

inmediato domingo dispúsose á visitar al padre de Juana, poniéndose su traje nuevo y un sombrero comprado en el pueblo, que le sentaba muy bien. Hasta entonces Knoud sólo había llevado gorra!

Y el buen hombre llamó á la puerta discretamente, como si en vez de ser el padre de la niña, fuese un forastero, y entró seguido del joven. ¡Qué lindo era todo en aquel cuartito! Ni la reina tiene una casa mejor, pensaba Knoud; no, es imposible. Allí había alfombras, cortinajes que caían hasta el suelo, un sillón forrado de terciopelo, flores y cuadros á profusión, y un magnífico espejo al que uno no se atrevía á acercarse de miedo de romperlo con los pies, pues era grande como una puerta.

Knoud abarcó de una sola mirada todas aquellas maravillas, sin embargo de que no tenía ojos bastantes para contemplar á Juana, de pie delante de él. Encontróla hecha una señorita, muy distinta de lo que había imaginado; pero infinitamente más hermosa. De fijó que en Kjoegé no había otra que pudiese comparársele, pues por su aspecto distinguido, casi era imponente. Juanita pareció asombrarse de ver á Knoud; pero sólo un momento, pues luego se precipitó hacia él; como si hubiese querido besarle, y aunque no lo hizo, poco le faltó.

Sí, indudablemente tuvo una inmensa alegría de volver á ver á su compañero de infancia. Pues qué, ¿no se le llenaron los ojos de lágrimas? ¡Y qué de preguntas no le dirigió! Quiso enterarse de todo, y de todos pidió noticias: de los padres de su amigo, de la *comadre Saucó* y del *compadre Saucó*, así designaban á los dos árboles en los venturosos tiempos de su infancia, atribuyéndoles cualidades personales.

—«Después de todo, por qué no habían de tenerlas, preguntaba Juana, en unos tiempos en que las adquirían hasta las figuritas de mazapán, según reza un cuento que en estos instantes me viene á la memoria?»

Juana se refería á los monigotes del mercader de la feria, recordando perfectamente su amor mudo durante el largo tiempo que permanecieron uno al lado del otro en la parada, hasta que por fin uno de ellos se dividió en dos pedazos. La joven sonrió al recuerdo de esta historia; en cambio á Knoud le subió la sangre á las mejillas y redoblaron los latidos de su corazón.—«Loado sea Dios, dijo para sus adentros: después de todo no se ha vuelto orgullosa.»

—Ella fué además—y esto lo tuvo el joven muy en cuenta—quien hizo que sus padres le invitaran á pasar con ellos el resto del día. Después tomó un libro, y dió una lectura en voz alta, y á Knoud se le antojó creer que lo que leía se relacionaba con su amor, de tal suerte los pensamientos del autor estaban identificados con los de su alma. Luego cantó una canción muy sencilla y Knoud se figuró que los pocos versos que encerraba eran todo un poema rebosando del corazón de la doncella. De suerte que ella le amaba, no cabía duda. A este pensamiento no pudo contener dos lágrimas que brillaron en sus ojos, pero en cambio no acertaba á proferir una palabra, y creyó haberse vuelto tonto, á pesar de que ella le estrechó la mano diciéndole:

—«Tú tienes buen corazón, querido Knoud: procura conservarlo siempre.»

Aquella fué una velada sin igual, y no había que pensar en dormir en toda la noche: en efecto, el enamorado mozo no pudo cerrar los ojos, máxime recordando que al despedirse el padre de Juanita le había dicho:

—«Ahora ya sabes dónde está tu casa; supongo que no nos olvidarás y que no dejarás pasar todo el invierno sin volver á hacernos alguna visita.»

Estas palabras, á su modo de ver, le autorizaban para volver á casa de Juana el próximo domingo, y aun cuando resolvió hacerlo así, todas las noches después del trabajo (y esto que en el taller se velaba) salía á dar un paseo, recorriendo cada día la calle de Juanita. Así tenía ocasión de contemplar las ventanas de su cuarto, casi siempre iluminadas. Un día ¡qué día aquel! divisó la sombra de la joven proyectada en la cortina. En vano á su patrona le sentaban muy mal esas continuas salidas, meneando la cabeza en señal de disgusto: el amo sonreía diciendo:

—«Considera que es joven y que hay que dar

á la juventud lo que de la juventud es propio.»

—«El domingo volveré á verla, pensaba Knoud, y le diré que reina en mi alma, y que ha de ser mi esposa. Es cierto que yo no soy más que un mísero oficial zapatero; pero me pasaré á maestro, trabajaré, me sacrificaré, en una palabra, haré cuanto de mí dependa para llegar á ser algo. Fuera vacilaciones: el domingo me declaro, le hablo con entera franqueza. El amor mudo no conduce á nada: desde niño conozco la historia de las figuritas de mazapan.»

Llegó el domingo y Knoud cumplió su propósito, presentándose en casa de Juana; pero ¡oh desgracia! la encontró disponiéndose á salir, pues estaba invitada á una tertulia; y como Knoud no se marchase, fué menester advertírselo. No obstante Juanita le dió un apretón de manos diciéndole:

—«¿No has ido todavía al teatro? Pues quiero que vayas una vez. El próximo miércoles yo canto, y si estás desocupado te enviaré un billete. Mi padre ya sabe donde vive tu amo.»

¡Cuánta amabilidad! pensó Knoud. El próximo miércoles al mediodía recibió en efecto un pliego cerrado, que contenía el billete que le había ofrecido Juana, sin ninguna carta acompañatoria. Por la noche fué al teatro por primera vez, y vió á su amada en la escena. ¡Qué bella estaba! ¡Qué graciosa! Bien es verdad que la casaban con un extranjero; así lo disponía el autor de la comedia; sin embargo ya comprendía Knoud que aquello era una ficción, pues de otro modo Juana no habría tenido la crueldad de enviarle un billete para hacerle presenciar una monstruosidad semejante. Todo el mundo aplaudía y aclamaba á la joven artista, y el mismo Knoud se unía al general entusiasmo, gritando: «Bravo! bravo!»

¡Ah! Hasta el rey sonreía á Juana, demostrando el placer que experimentaba al oírla. ¡Qué pequeño, qué insignificante se sintió Knoud en aquellos momentos!

—«Y sin embargo, se decía, yo la amo y ella me ama también: el amor lo iguala todo. En estos casos al hombre le toca decir la primera palabra; esto pensaba la señorita mazapán, y su historia encierra más de una enseñanza.»

Al inmediato domingo hizo una nueva visita á sus paisanos, hallándose tan en extremo conmovido, como en el día de la confirmación. Encontró sola á Juana y le recibió: todo, pues, marchaba viento en popa.

—«Me alegro de tu visita, le dijo Juana: pensaba enviarte recado por mi padre; pero por otra parte tuve el presentimiento de que esta tarde íbas á venir, y no lo hice. Deseaba participarte que el próximo viernes salgo para Francia: debo emprender este viaje si quiero hacer algo de provecho.»

Al pobre Knoud le pareció que el mundo se le venía encima; todos los objetos del cuarto empezaron á bailar ante sus ojos: sintióse el corazón próximo á estallar en mil pedazos, y ni una lágrima acudió á sus ojos. No obstante la pesadumbre más intensa se reflejaba en su semblante.

—«Qué bueno eres!» dijo Juana.

A esta cariñosa exclamación, Knoud desató su lengua y le dijo que la amaba y quería hacerla su esposa.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, observó que Juana se demudaba y palidecía, dejaba caer sus brazos y respondía con voz grave y afligida:

—«No te hagas desgraciado, Knoud, ni me hagas desgraciada á mí. Yo seré siempre respecto de tí como una buena hermana, en quien puedes tener plena confianza; pero nada más que una hermana.»

Y pasando con dulzura su linda mano por la ardorosa frente del mancebo, añadió:

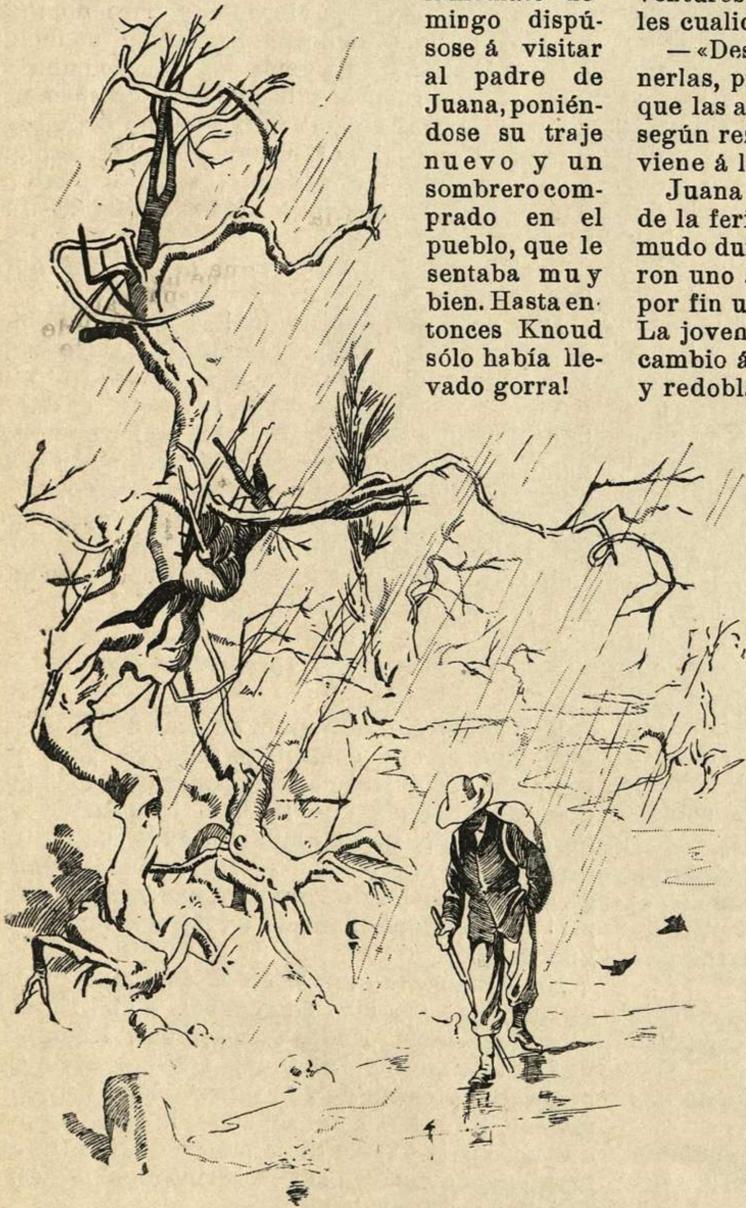
—«Dios nos conserve la fuerza necesaria para llevar á cabo las cosas más difíciles, siempre que nosotros tengamos valor y voluntad.»

En estos momentos la madrastra de Juana entró en el cuarto.

—«Knoud, dijo la joven, está fuera de sí á causa de mi viaje. Ea, amigo mío, sé hombre.»

Y hablando así, le pasó cariñosamente la mano por la espalda para dar á entender que se trataba del viaje y no de otra cosa.

—«Vaya, no seas niño, continuó diciendo; ahora y siempre quiero verte bueno y razonable, como en los felices tiempos de nuestra infancia, cuando jugábamos bajo el saucó.»



Dió con la casa que andaba buscando, y tuvo que subir tantos escalones, que hasta temió tener vértigo, sobre todo al considerar, no sin horror, la manera de vivir que tienen las gentes en aquella horrible capital, hacinadas las unas sobre las otras.

Todo en la habitación respiraba comodidad y bienestar. El padre de Juana le recibió de buen talante, y en cuanto á la nueva esposa de éste, aunque no conocía personalmente á Knoud, le tendió la mano y le sirvió una buena taza de café.

—¡Qué contenta se pondrá Juana de volverte á ver! dijo el padre. Noto que te has hecho un soberbio mocetón. A ella ya la verás. ¡Oh! Es una chica que ha venido al mundo para darme muchas alegrías: muchas me ha dado ya; pero espero que con la ayuda de Dios aún me dará más. Aquí, junto al nuestro, tiene un cuarto para ella sola. Mira, Knoud, ella misma se paga el alquiler.



A Knoud le parecía que el mundo se desquiciaba; sus agitados pensamientos podían compararse á un hilo suelto flotando en el aire al soplo del viento. Permanecía clavado en aquel sitio, sin saber que partido tomar, ni si le habían dicho que se quedara; pero tanto Juana como su madrastra eran amables y compasivas, y aquella le sirvió una taza de té y cantó. Su voz no vibraba como otras veces, pero era incomparablemente arrobadora, y al escucharla, se iba dilatando el corazón del pobre mancebo.

Después se separaron y como Knoud se marchase sin tender la mano á Juana, ésta le dijo:

—«¿Y te irás sin dar la mano á tu hermana, mi antiguo compañero de infancia?...»

Al decir estas palabras sonreía á través de las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y resbalaban por sus mejillas.

Todavía repitió alguna otra vez la palabra hermano. ¡Bonito consuelo para Knoud!

Así se despidieron.

### III

Desde que Juana se embarcó para Francia, Knoud iba vagando todos los días por las calles de Copenhague; y sus compañeros de trabajo, después de preguntarle inútilmente por la causa de esos paseos sombríos que le sumían en las más profundas preocupaciones, le invitaron á tomar parte en sus placeres.

—«¡E! le dijeron los jóvenes, á divertirse!»

Un día les acompañó á la sala de baile, que estaba llena de hermosas mujeres. Ninguna, no obstante, le pareció tan bella como Juana; y le sucedió precisamente que habiendo ido allí para olvidarla, tuvo con más tenacidad que nunca fija su imagen en el pensamiento.

—«Dios nos da fuerza, había dicho ella, siempre que nosotros tengamos valor y voluntad.» Al recordar esta frase tuvo lástima de Juana.

Sonó la orquesta y aquellas jóvenes bailaron con alegría haciéndole estremecer de espanto. Parecía encontrarse en un sitio al cual no habría podido acompañar á Juana, y no obstante ella estaba allí, puesto que la llevaba en el corazón.

Salió del local y recorrió varias calles, pasando por delante de la casa en que ella había vivido: la noche era oscura y por todas partes reinaban la soledad y el silencio. El mundo seguía su camino y Knoud el suyo.

Vino el invierno, se helaron las aguas y la naturaleza trocó sus galas por los fúnebres arreos; pero al renacer la primavera, cuando el primer buque de vapor se hizo á la mar, Knoud se sintió estimulado por el deseo irresistible de hacer un viaje largo, muy largo, hasta más allá de Francia.

Preparó su saco y se marchó lejos, muy lejos, atravesando toda la Alemania, de pueblo en pueblo, sin hacer alto ni detenerse en punto alguno. Únicamente al entrar en la antigua y curiosa ciudad de Nuremberg, le pareció que volvía á ser dueño de sus pies, decidiéndose á quedarse allí.

Nuremberg es una población singular que tiene el aspecto de una estampa desprendida de una vieja crónica ilustrada. Sus calles serpettean caprichosamente: sus casas se separan de las filas desdeñando la línea recta: multitud de está-

tuas sobresalen de las paredes sobrecargadas de raras y extravagantes esculturas; y desde los tejados, á cual más caprichosos, se prolongan en el espacio hasta mitad de la calle gárgolas de todas formas, semejando perros, liebres, dragones y monstruos.

Knoud con el saco á la espalda, hizo alto en la plaza del Mercado, permaneciendo de pié junto á una antigua fuente adornada de soberbias estatuas de bronce, figurando personajes bíblicos, por entre los cuales surgen los chorros de agua. Una linda criada de servicio llenaba el cántaro, y como Knoud, cansado del camino, sintiese una sed abrasadora, ella le ofreció de beber, regalándole al propio tiempo una rosa que extrajo de un ramo que llevaba. Esto le pareció á Knoud de buen augurio.

Los vigorosos sonidos de un órgano procedentes de una iglesia vecina recordaronle su país, pues se parecían mucho á los que resonaban en el templo de Kjoegé. Penetró en el vasto santuario: los rayos del sol filtraban á través de las pintadas vidrieras de los ventanales iluminando caprichosamente las hileras de altas y esbeltas columnas: la piedad embargó todos los pensamientos de Knoud, y la paz y el reposo penetraron en su espíritu.

Buscó y encontró en Nuremberg un buen maestro: se hospedó en su casa y así aprendía el idioma alemán.

Los antiguos fosos que circundan las fortificaciones están divididos, trocados en huertas, pero aún permanecen en pié las altas murallas flanqueadas de macizos torreones, así como los caminos cubiertos que actualmente utiliza el soguero para la elaboración de sogas y cordeles. Espesos grupos de saucos arraigados á las grietas de los viejos muros, cobijan con su ramaje las casitas adosadas á las fortificaciones. Pues bien, en una de estas casitas vivía el maestro de Knoud. Precisamente el joven oficial trabajaba junto á una ventana sombreada por el ramaje de uno de aquellos saucos.

Knoud permaneció en la misma casa todo el verano y hasta el invierno; pero volvió la primavera, floreció el sauco, embalsamando todo el ambiente, y Knoud empezó á entristecerse y preocuparse pensando en otro sauco y sintiéndose transportado al jardinito de Kjoegé, por cuyo motivo despidióse del maestro y buscó nueva colocación en el interior de la ciudad, donde no hubiera saucos que despertaran en su ánimo dormidos pensamientos.

El nuevo taller se hallaba situado en las inmediaciones de un viejo puente, por debajo del cual corrían con rapidez las aguas de un arroyo, que hacían dar vueltas con estrépito á la rueda de un molino. Las aguas pasaban encajonadas entre dos casas, que parecía que iban á sacudir sobre el arroyo sus destartalados frontispicios. Bien es verdad que por allí no había ningún sauco; pero precisamente delante del taller crecía un roble y viejo sauco cuyas raíces se agarraban á la casa para vencer el ímpetu de la corriente, y cuyas ramas se reflejaban en el agua de un modo parecido al sauco del jardín de Kjoegé.

En realidad el pobre Knoud había ido del *compadre Sauco á la comadre Sauce*; y las noches en que brillaba la luna tenía este último un aspecto indefinible, que le llegaba al corazón llenándole de ternura y abatimiento. Ya no podía Knoud permanecer por más tiempo en Nuremberg, y si queréis saber por qué, preguntádselo al sauco, preguntádselo el sauco en flor. Despidióse de su maestro y abandonó la ciudad, sin que jamás hubiese hablado á nadie de Juanita, sepultando sus pesares en el fondo de su alma.

Varias veces le asaltaba el recuerdo de la historia de las dos figuritas de mazapán, y entonces se daba cuenta de que el hombre tuviese una almendra por corazón: también el suyo era todo amargura. En cambio Juanita tan dulce, tan amable, tan afectuosa, ¿no estaba acaso formada de azúcar y miel como la señorita de aquella historia tan sencilla y tan ingénuo?

Su imaginación no podía desprenderse de esos recuerdos que le oprimían y apenas le dejaban respirar. Creyendo que esto dependía de las correas del saco que llevaba á la espalda, se las aflojó, pero sin resultado. Para Knoud había dos distintos mundos, el exterior que le rodeaba y el que llevaba en el fondo de su espíritu, mundo de recuerdos y de sentimientos en el cual vivía con preferencia al otro, que le era poco menos que indiferente. Tan solo al divisar las altas monta-

ñas pudo su espíritu desechar las sombrías ideas y fijarse en los objetos exteriores. Ante tan imponente espectáculo, los ojos se llenaron de lágrimas.

Aparecieronse los Alpes como las alas plegadas de la tierra. «¿Qué sucedería, decía, si de repente desplegasen y extendiesen esas alas inmensas con sus bosques sombríos, con sus torrentes y masas de nieve? Sin duda la tierra el día del supremo juicio se elevará al infinito, y como una pompa de jabón á la luz del sol, estallará dispersando los millones de átomos que la componen, al resplandor de los rayos de la Divinidad. ¡Oh! ¿Por qué no han de sonar en estos momentos las trompetas del juicio final?» exclamaba Knoud exhalando un profundo suspiro.

Y atravesó aquél país, que iba tomando á sus ojos el aspecto de un verdadero paraíso: las muchachas que batían el cáñamo, le saludaban con un airoso movimiento de cabeza desde los balcones de las queseras, y á este halagüeño saludo respondía Knoud cortésmente, sin añadir una sola palabra alegre, como suelen hacer en tales casos todos los jóvenes de su edad.

Cuando á través del follaje descubrió los vastos lagos de verdosas aguas, vino á la imaginación el recuerdo del mar que baña las playas en que había nacido y la profunda bahía de Kjoegé. Pero esta vez ya no sentía dolor alguno, sino profunda melancolía que le embargaba el alma.

Vió al Rhin precipitarse todo entero desde lo alto de una roca, rasgándose en millones de gotas que forman una masa blanca y vaporosa á través de la cual se descompone y toma todos los colores del iris. Este imponente espectáculo le trajo á la memoria la espumeante y rumorosa cascada del arroyo de Kjoegé, al precipitarse sobre la rueda del molino. Por todas partes le acosaba el recuerdo del lugar de su nacimiento y de su venturosa infancia.

De buen grado se hubiera establecido en una de las tranquilas ciudades que se levantan á orillas del Rhin, pero el país estaba cubierto de saucos y saucos. Continuó marchando, atravesó las altas montañas siguiendo los senderos que se deslizan por entre rocas cortadas á pico, divisó las nubes flotando á sus piés y escuchó el estrépito de los torrentes que corren por el fondo de los valles, á una profundidad prodigiosa, sin experimentar pavor ni asombro.

Desde las nevadas cumbres en que florece la rosa de los Alpes se dirigía al país del sol: dió un adiós á las camarcas del Norte y llegó por fin á los bosques de castaños, á los viñedos á los maizales. Una cordillera de escarpadas montañas le separaba ya del lugar en que había dejado ya tan tristes recuerdos.

—«¡Por fin! se dijo; ya era hora de que así sucediera.»

### IV

Había llegado á la vista de una populosa y magnífica ciudad; las gentes del país le daban el nombre de Milán. Encontró en ella un maestro alemán y que le proporcionó trabajo. Era un viejo y guapo sujeto y su cónyuge una mujer buena y muy piadosa. Ambos se prendaron en seguida del oficial extranjero que hablaba poco, trabajaba mucho y vivía honesta y cristianamente.

Parecía á Knoud que Dios por fin se había dignado librarle del enorme peso que le oprimía. Su mejor placer consistía en subir á los terrados de la Catedral, cuyos mármoles eran blancos como la nieve de su país, y correr á través de las agudas torrecillas, de las agujas y de los arcos; pero en cada recodo, en cada ojiva descubría blancas estatuas mirándole y sonriéndole. Extendíase sobre su cabeza la azulada bóveda del cielo, á sus piés la ciudad, en torno de ésta la inmensa llanura de la verde Lombardía y al fondo, en último término, altas y soberbias montañas. Pensaba á veces en la iglesia de Kjoegé, en sus rojizos muros tapizados de yedra; pero ¡qué diferencia entre esta iglesia y la Catedral milanesa! Knoud no deseaba ciertamente volverla á ver, antes bien se hizo el propósito de dejar los huesos allí, detrás de las montañas.

Llevaba ya un año de residencia en Milán, y hacía tres que había abandonado su país. Un día su maestro, para distraerle, le llevó no al Circo á ver los ejercicios ecuestres, sino al gran teatro de la Scala, es decir, á la ópera. La sala valía la pena de ser visitada. Sus siete galerías de palcos adornados con ricos cortinajes de seda, desde la

primera á la última, y en toda su extensión estaban atestadas de elegantes damas, compuestas y prendidas como para ir á un baile, y ostentando hermosos ramos de flores. Los caballeros vestían asimismo su traje de etiqueta, y algunos llevaban uniformes recamados de oro y plata. El vasto recinto estaba iluminado como en pleno día, y llenaban el espacio los brillantes acordes de una nutrida orquesta. Aunque este templo del arte era infinitamente más bello que el teatro de Copenhague, también allí debía renacer poderosamente en el ánimo del pobre Knoud el recuerdo de Juanita.

Como por arte de encantamiento, apenas se levantó el telón, apareció Juana cubierta de joyas, de blondas y seda y ceñida su frente con una diadema de oro. Cantó como sólo los ángeles del cielo pueden hacerlo, y adelantándose hacia el proscenio, Knoud vió brillar en sus labios una encantadora sonrisa, como sólo podía brillar en los labios de Juana. Sus miradas se dirigían al joven, y el pobre mozo cogiendo las manos de su amo, exclamó en voz alta: «¡Juana!»

Sólo el anciano pudo oírle, pues los acordes de la orquesta ahogaron su acento. Y el amo de Knoud, haciendo con la cabeza un movimiento afirmativo, dijo: «En efecto, sí, se llama Juana.» Y al mismo tiempo sacando del bolsillo un programa impreso, le enseñó este nombre puesto en letras muy grandes que cogía por su ancho el papel de parte á parte.

No, aquello no era un sueño: el público transportado de entusiasmo, inundaba el palco escénico de flores y coronas, y cada vez que Juana dejaba la escena, era llamada, dos, tres y cuatro veces, recibiendo los frenéticos aplausos del auditorio.

Terminada la función un grupo numeroso rodeó el carruaje de la diva; la multitud desenganchó los caballos y se dispuso á arrastrarla llevándola en triunfo. Knoud estaba en primera fila, ébrio de contento y más entusiasmado, si cabe, que el resto de la muchedumbre congregada á las puertas del teatro. El carruaje se paró enfrente de una casa espléndidamente iluminada, en la cual Juana se hospedaba. Cuando ésta bajó del coche, Knoud estaba pegado en la portezuela. La luz caía de lleno sobre el agraciado rostro de la joven, quien sonreía dando las gracias á todos con una amabilidad sólo comparable á la profunda emoción que experimentaba. Knoud la miró en los ojos, y ella le miró también pero sin reconocerle. Un caballero que llevaba en el pecho una deslumbradora condecoración cuajada de diamantes, le ofreció el brazo.

—«Es su novio. . . se va á casar con ella,» decía la muchedumbre.

Knoud volvió á su casa y preparó en seguida su saco de viaje: le era forzoso regresar á su país, ir á ver los lugares de su infancia, contemplar de nuevo el sauco y el sauce. ¡Ah! Bajo el sauce basta una hora para que un hombre pueda hacer concienzudo exámen de su vida entera.

En vano las buenas gentes que le habían acogido en su casa, le rogaron que se quedara; en vano le hicieron notar que iba á venir el invierno, que las montañas se cubrirían de nieve, que los caminos estarían intransitables.

—«Es necesario, respondió Knoud, que los carruajes se abran paso de un modo ú otro, y yo no haré más que seguir el surco que dejen en el camino.»

## V

Tomó el saco y el bastón y se marchó, camino de los montes: subió y bajó, y sus fuerzas iban decayendo, sin ver casa ni poblado. Se encaminaba al Norte; las trémulas estrellas brillaban á su alrededor, sus piernas vacilaban, su cabeza se desvanecía. En el fondo del valle veía parpadear nuevas estrellas, como si se encontrase suspendido en la inmensidad, con un cielo arriba y otro cielo abajo.

Sentíase enfermo: las estrellas de abajo iban en aumento, creciendo en número y en intensidad y moviéndose de un lado á otro: eran las luces de una aldea; y en cuanto se hizo cargo de ello, reunió todas sus fuerzas y llegó á una ventana pobre y dismantelada.

Pasó en ella toda la noche y el día siguiente, pues sentía necesidad de reposo y de cuidados. En tanto vino el deshielo y llovía á mares. A la mañana siguiente llegó á la venta un mendigo en compañía de una anciana, y tocó un canto que se parecía tanto á una melodía danesa, que á Knoud ya no le fué posible permanecer un momento más en su hospedaje. Púsose en marcha nuevamente, siempre hacia el Norte, anduvo días enteros, sin descansar, lleno de excitación y con paso precipitado, como si temiese que al llegar á su país debiese encontrarse con que todos hubieran muerto.

A nadie contaba el motivo de su viaje, aunque era fácil leerlo en su semblante que reflejaba el pesar más vivo que puede sufrir un hombre. Estos dolores no suelen interesar á nadie, ni á los amigos, y Knoud por otra parte no los tenía, pobre extranjero que atravesaba países desconocidos, siempre en dirección al Norte.

Al caer de una tarde, andaba por la carretera, el viento era glacial, el terreno llano y cubierto de campos y prados. A orillas del camino se levantaba un robusto sauce. Todo le recordaba á Knoud su país natal. Sentóse bajo el árbol, rendido de fatiga, dobló la frente y el sueño entornó sus párpados.

Esto no obstante, vió al árbol extender y bajar sus ramas, formar un pabellón, convertirse en una especie de vigoroso anciano, tomar la forma del *compadre* Sauce de Kjoegé, levantarle entre sus brazos y trasladarle, viendo sus fuerzas agotadas, á su querida patria, á las monótonas y uniformes playas de su pueblo. Sí, era el mismísimo *compadre* Sauce que había recorrido el mundo en busca de su querido Knoud, y que al encontrarle le trasladaba cariñosamente al jardín de su casa, junto al arroyo, en donde Juana le esperaba, con todo su esplendor, ceñida la frente con una diadema de oro, tal como la había visto la última vez, la cual corría á su encuentro y desde lejos le gritaba:

—«Bien venido seas.»

Veía además delante de él dos figuras, á quienes conocía desde su infancia; pero tenían entonces una forma más humana que antes; habían cambiado mucho, ganando en el cambio. Eran los monigotes de mazapán, el hombre y la mujer que le miraban con regocijo.

—«Gracias, mil gracias, le decían, nos has hecho un favor inmenso: has desatado nuestras lenguas, enseñándonos á no callar los sentimientos del alma, pues el silencio no conduce á nada; te



debemos el haber alcanzado nuestro propósito y estar á punto de casarnos.»

Esto decían y atravesaban las calles de Kjoegé, cogidos de las manos, presentando un aspecto decente á lo sumo, y sin que por su reverso diesen nada que decir. Dirigíanse á la iglesia, y Knoud y Juana les seguían cogidos así mismo de la mano. La iglesia tenía el aspecto de siempre con sus paredes tapizadas de verde yedra. Abriáanse de par en par las dos hojas de la puerta; resonaban los sonidos del órgano y los cuatro penetraban en la espaciosa nave.

—«Los amos delante,» decían los novios de mazapán, abriendo plaza á Knoud y Juana que se arrodillaban al pié del altar. Juana inclinaba la cabeza apoyándola en el rostro de Knoud, é inundándola con sus frías lágrimas. Era que el hielo de su corazón iba derritiéndose al calor del amor ardiente de su novio.

En esto despertó y se encontró sentado bajo el enorme sauce, solo, en un país extranjero, en medio de una rigurosa noche de invierno. Caía granizo y le azotaba el rostro.

—«Estos, dijo, han sido los mejores momentos de mi existencia. ¡Dios mío, dejadme soñar aún un poquito más!»

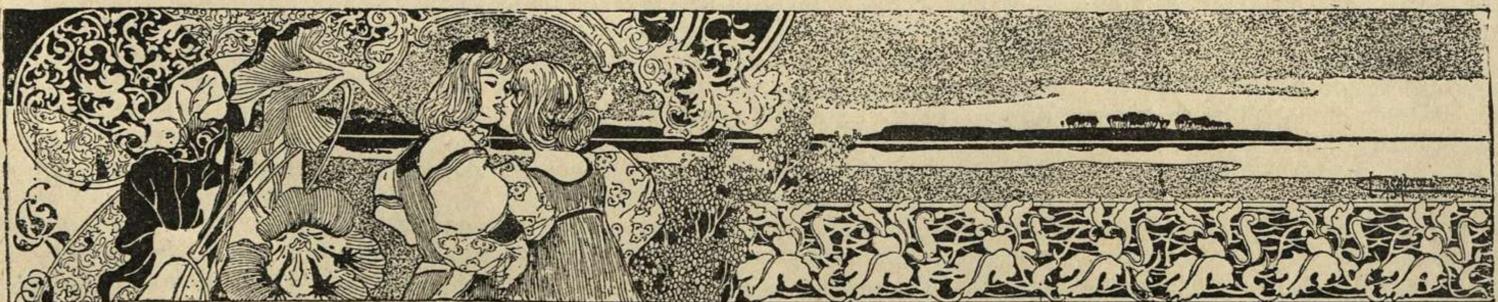
Y volvió á cerrar los párpados, se durmió y volvió á soñar.

A la madrugada empezó á nevar, el viento arremolinaba los fríos copos alrededor de Knoud que seguía durmiendo.

Más tarde pasaron por ahí las gentes de las cabañas circunvecinas yendo á la iglesia, y vieron el cuerpo de un hombre tendido al borde de la carretera. Era un joven oficial zapatero.

Knoud había muerto de frío bajo el sauce.

ANDERSEN.





Yo meditaba, apoyado en el tronco de un árbol. Mi amigo, acostado en la hierba, de codos en el suelo, la cara entre las manos, me veía de cuando en cuando con ojos cada vez más escrutadores. A pesar mío, sus ojos me penetraban como puñales. Y cada vez, después de observarme por algún tiempo, y como si quisiera libertarse de una obsesión, tendía su mirada, ya por el lago azul, dormido al pie de la Roca Borronea, ya por las viñas cercanas, entre cuyos pámpanos, aún verdes, los racimos, próximos á la madurez perfecta, empezaban á reír al sol con risas de oro y púrpura.

De pronto mi amigo empezó á hablar, y parecía como si sus palabras vinieran de muy lejos:

—Sé en lo que estás pensando. Piensas en lo mismo que hace días te trae meditabundo y caviloso; piensas en la Marzuchelli, esa italiana, reciente amiga nuestra, cuyo cuerpo es flor de gracia y perfume inefables. Pero no es la belleza de su cuerpo sino la música de su voz lo que ha turbado tus sentidos.

Es inútil negarlo: á mi experiencia no se oculta un solo repliegue de tu alma. Y, si no deseas caer víctima de un maleficio, escucha mis consejos. En tus oídos canta continuamente esa voz dulce y tentadora. Parte, huye, ó el encanto de esa voz pasará á tus venas y emponzoñará tu sangre como un tósigo. ¡Ah! bastante conozco esa voz de seducción y perfidia. Yo asistí á sus primeros balbuceos tímidos en la caña sonora de un instrumento rústico. Los labios de un dios la despertaron y esparcieron por bosques y praderas, y fué, al nacer, paz y alegría de pastores y rebaños. Inofensiva y pura, al resonar en las praderas y en los bosques, pasaba como una bendición por sobre los seres y las cosas; y nadie la hubiera creído destinada á ser la ejecutora implacable de una venganza tremenda. Hoy, al resonar, suspende su hechizo como una espada de fuego sobre la cabeza de los hombres. Y como yo sé el secreto de su origen y el misterio de su conversión, por eso temblé por tí al reconocerla días atrás en la voz de Teresa Marzuchelli. ¿No recuerdas cómo se estremeció todo mi cuerpo al oírla cantar, en el ambiente perfumado del jardín, impetuosa y vibrante como alondra sedienta de luz? En mi memoria se alzaron—inacabable teoría de figuras resplandecientes—los recuerdos de una edad maravillosa y lejana. Entonces era yo uno de aquellos sátiros, divinos habitantes de la selva, más tarde fugitivos por ciudades y montes, cuando el advenimiento del dios nuevo, ante cuyos altares te arrodillas. ¿No lo crees? Bajo mis apariencias de juventud papita un alma casi tan vieja como el mundo, y dentro de mi feo disfraz de hombre del siglo, se aburre un pobre sátiro medio muerto de pesadumbres y nostalgia. ¿Ríes? ¿Acaso no has visto cómo enarco las cejas cuando una emoción brusca rompe la monotonía de mis horas, ni te has burlado muchas veces de mi pie izquierdo, contrahecho y deforme?

En la manera como enarco las cejas, conservo el recuerdo más fiel de mi antigua máscara sardónica, y mi pie deforme es el residuo viviente de mis primitivas pezuñas de cabra.

Pues bien, en esa época feliz, cuyas memorias guardo como si fuesen oro acendrado, era Pan el Dios omnipotente de la campiña. Todos los seres y las cosas le rendían homenaje: los pastores le sacrificaban los cabritos más tiernos; para él criaba el campo azafrán y jacintos; para él danzaban las ninfas en los claros del bosque; los manantiales le decían, en su lengua pura y cristalina, los secretos de la tierra; y los árboles mismos, á fin de proteger el sueño del Dios, á la hora del bochorno, entrelazaban sus ramajes, haciendo mayores la sombra y la frescura. De Pan, soberanamente dichoso, fluía, derramándose por la tierra, el contento del vivir. El vino era alegre, y el amor no turbaba los corazones, como eso que llaman amor los hombres actuales. Pero un día se interrumpió la placidez augusta de Pan, y germinaron las tristezas. Una hija del hombre se atrevió contra el poder del dios caprípede. Se llamaba Siringa y era virgen montañesa y guardadora de cabras. De virtud áspera y fuerte como tronco de encina, su virginidad se conservaba sin mengua como la virginidad del mármol no acariciado ni por los besos de la luz en las entrañas del monte. Los ocios del pastoreo Siringa los llenaba cantando con voz blanda y melodiosa, ingenuas canciones. Y fué siguiendo el sonido de su voz como Pan llegó á ver, sin ser visto, oculto en la sombra del bosque, el esplendor de su belleza. Entre zagalas y boyeros nadie recordaba hermosura comparable á su hermosura: eran sus ojos como agua de la mar, turbadores y verdes; sus mejillas como rosas de Jonia; sus labios rojos y dulces, como vino de Chipre y canto de cigarras; su garganta, como un torrente fresco y armonioso; y cada seno, entreabierto magnolia henchida de rocío.

Pan amó á Siringa, pero ésta desdeñó su amor divino y rechazó con repugnancia el abrazo de sus miembros velludos. Los desdenes incendiaron el pecho del Dios, y con rabia, tristezas y dolores corrompieron la fuente de lo antigua alegría.

El furor de Pan, desdeñado por la primera vez, no tuvo límites. Juró no darse punto de reposo hasta ver prisionera de sus brazos á la pastora temeraria; y la persiguió por valles y oteros, como antes á las ninfas por la espesura de las frondas. Lleno de furia y entregado por completo á perseguir á la humilde guardadora de cabras, Pan olvidó los placeres de la vida: en vano los campos le ofrecieron jacintos y azafrán, en vano los pastores le sacrificaron los cabritos más tiernos y lo invocaron las ninfas, tristes é inconsolables, á orillas de las fuentes. Pan no echaba menos la belleza ni el amor de las ninfas; antes recordaba con náusea y hastío sus formas blancas, tersas, lustradas en la onda de los arroyos impolutos. Sus deseos iban todos, como tropel de leones hambrientos y bravíos, detrás de los pies de Siringa, menudos y ligeros como pétalos con alas. Pero por más desenfrenados que corrieran, los deseos del Dios no llegaron ni aun á rozar la piel de la hermosa fugitiva. Detrás de los árboles, detrás de las rocas, Pan espía los movimientos de la virgen zagala, esperando la ocasión oportuna para caer sobre ella; y cuántas veces intentó sorprender á Siringa, otras tantas, ágil y despierta, Siringa se le escapó de entre las manos, como una sombra.

Sin duda la virtud, como una coraza inquebrantable, defendía á la pastora esquiva y zahareña. Y el buen dios Pan, fatigado de una persecución larga y difícil, desbordante de cólera ante aquella virtud incapaz de ceder á ruegos, lisonjas ni violencias, imploró el auxilio de Júpiter, á fin de vengarse de Siringa y de la raza de Siringa.

Aún perseguida de Pan, Siringa se convirtió, por mandato de los dioses, en bosquecillo de cañas flexibles y verdes. Sonriendo con sarcástica sonrisa, Pan se llegó á las cañas, las cortó, y con desiguales cañutos, puestos en orden, uno á otro ligado, construyó su flauta famosa.

Pero si muchos conocen la historia de esa flauta, sólo unos cuantos conocemos el mal de ella proveniente. Cuando los labios del dios le arrancaron un torrente de música, la naturaleza toda vibró alborozada ante el prodigio, y no vió en la venganza de Pan sino algo así como una venganza de artista, bella y generosa. Pan llevó por todas partes el hechizo extrahumano de la música nueva, y tan furiosamente apretaba la flauta con labios y dedos, que parecía

como si el dios pretendiera satisfacer en la débil Siringa de caña, todos los deseos inspirados por la Siringa de carne, hecha de lirios y claveles. Bajo sus labios, y según el deseo del momento, la flauta cantaba, sollozaba, ó reía, pero siempre dulce ó melodiosa. Y la naturaleza entera escuchaba sin comprender, extasiándose ó riendo: dejaban de pastar los rebaños; las fuentes paraban su curso, tratando luego de remedar, en su murmullo fresco y delicioso, la canción de la flauta; y en los viñedos, entre los pámpanos, los racimos repicaban alegres como resonantes campanillas de oro.

Pero nosotros, los sátiros, penetrábamos el misterio doloroso y cruel de la música nueva; con toda claridad leíamos en el porvenir el destino de la flauta, y sabíamos todo lo que encerraba de desventura y dolor para muchos hombres. Abandonada de Pan, la flauta había de recobrar, con el tiempo, su primitiva figura de virgen montañesa; y este milagro se realizó cuando la gran catástrofe anunciadora del advenimiento de Jesús, el dios nuevo, cuya ley domina el mundo.

Entonces, precisamente, fué cuando los semidioses, faunos y sátiros, nos dispersamos por la tierra, y el mismo dios caprípede huyó despavorido, olvidando, al pié de una encina, la flauta prodigiosa. Si algunos sátiros, proscritos de los perfumados bosques helenos, han sucumbido á la nostalgia, la mayor parte perduran, más ó menos conformes con sus actuales condiciones de vida. Por ahí existen muchos disfrazados de poetas, disfrazados de labradores, disfrazados de políticos, y no falta uno que otro sátiro académico. Pero nadie sabe hoy de Pan: tal vez en el fondo de una gruta espera que se acabe el imperio de la fealdad y la tristeza, y vuelva á reinar, sobre tierras y mares, en ciudades y villorrios, la vieja y sana alegría del paganismo.

En el momento de la gran catástrofe, Pan dormía á la sombra, descuidado y feliz, soñando en fugas de radiantes desnudeces de ninfas al través del follaje traspasado de saetas luminosas. Un clamor inmenso lo despertó, y sus ojos, dilatados de terror, presenciaron un espectáculo fatídico: en medio de un estrépito colosal se desgajaban los bosques; las montañas, vacilando sobre sus cimientos, parecían bailar como ebrias; la tierra era toda convulsiones, como un epiléptico; una gran tiniebla envolvía las cosas, y en el seno de la gran tiniebla caían rodando los soles como lágrimas de diamante.

Pan, sobrecogido de pavor, huyó dejando olvidadas las coronas de jacintos, la bermeja piel de lince y la flauta de sonos mágicos.

Más tarde, ya en reposo la tierra, apagado el estrépito, inmóviles las montañas, desvanecida la sombra, se realizó el milagro previsto. Siringa, la virgen agreste, libre de los dedos y labios de Pan, volvió de su largo sueño armonioso, bella como antes. Poseía los mismos ojos verdes y turbadores, las mismas rosas de las mejillas, los mismos labios dulces y púrpuros, la misma garganta como un torrente fresco, y los mismos senos como botones de magnolia, firmes y blancos. Pero su alma no era la misma, y en eso consistía la venganza de Pan. Este había transformado aquella alma, recia como tronco de encina, fuerte como el bronce, inexpugnable como una fortaleza, en alma de caña endeble ó de rosales huecos, dispuesta á vibrar á cada instante. Lleno de ira



contra aquella virtud orgullosa que siempre rechazó abrazo de sus miembros nervudos y el beso de sus labios sensuales, Pan convirtió esa virtud, prisionera de su flauta, en música, sonido, rumor vano.

Poco después de tomar su primitiva figura, Siringa estaba condenada á ser botín de un soldado de Roma. Luego, de brazo en brazo y de caricia en caricia, había de ir, voluntariosa y fácil, caprichuda y liviana, sembrando por donde quiera, una simiente mal-

quita. Y de la simiente, sembrada con profusión, viene toda esa casta de mujeres de voz blanda como el terciopelo, suave como plumón de cisne, dulce y melodiosa como són de flauta, y de virtud quebradiza como el cristal muy tenue. Son criaturas hechas de fragilidad y armonía, de gracia y de pecado. y, semejantes á las cañas frágiles y á los rosales hueros, al menor soplo ceden, cantan y se rompen. Guardan un eco para todas las voces, contestan á todo reclamo y, ejecutoras de una venganza cruel é injusta, esparcen con la música de su voz un filtro ponzoñoso. ¡Ay! de aquel á quien halague y turbe esa voz hechicera! víctima dócil del encanto, verá un día su destino encajado para siempre al destino voluble y perverso de una hija de Siringa; envuelta en una red inextricable de maldad, irá tropezando de traición en traición, de asechanza en asechanza, hasta dar en el crimen ó la muerte. Y ninguna de las voces de mujer que he oído hasta hoy recuerda tan bien las suavida-

des de seda, las frescuras de arroyo, las finezas de cristal y las dulcedumbres de miel de la voz de Siringa, como la voz de Teresa Marzuchelli. Por eso este viejo sátiro, amigo tuyo, te aconseja que partas; de lo contrario, el maleficio de esa voz penetrará en tus venas y quemará tu sangre, como un tósigo.

Unas veces mudo de admiración, sospechando otras veces una falaz jugarreta del sabroso vino italiano, oía yo sin decir palabra la historia narrada por mi amigo.

—No dudo—me atreví por último á responder—no dudo de la verdad de tu historia, delicada y sutil como rayo de luz, ni de tu origen y alcurnia celestes; pero he conocido y conozco mujeres de voz áspera y ruin, como la voz de las campanas rotas, y de virtud vana y deleznable como el vidrio. Ahí está...

—¡Ah! sí—me interrumpió mi amigo *el sátiro*, considerándome á la vez con cierto aire ambiguo, entre enojado y menospreciador—esas de voz cascada y de

virtud efímera deben de provenir de algún cañuto roto de la flauta de Pan, caída en el lecho de piedras ó guijarros mientras el Dios trepaba, como solía, alguna cuesta penosa.

De improviso, muy cerca de nosotros, resonó turbando el silencio y la calma del mediodía, la voz de Teresa Marzuchelli. Como de un solo resorte movidos, *el sátiro* y yo nos pusimos en pie y nos apresuramos á ir al encuentro de la italiana encantadora. En el mismo instante la brisa, hasta entonces quieta, sopló como obedeciendo á un conjuro; agitó, al pie de la Roca Borromea, la superficie del lago, como un sueño de amor agita el seno de una virgen dormida; acarició nuestras frentes mojadas de sudor; besó nuestros labios húmedos de vino, y penetró en la viña cercana, murmurando no sé qué discursos burlones. Y entre los pámpanos verdes, los racimos danzaban y reían al sol con risas de oro y púrpura.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



## LA ENCINA DESGAJADA.

Cuando enterraron á Melita Lannefranque en el antiguo cementerio de Cazordite, cuya tierra tiene estrías amarillas color de carne, el viudo, Bertrán Lannefranque, cubierto con el pesado manto de pastor hecho de paño obscuro, llamado capa de luto, se puso á la cabeza del fúnebre cortejo y con él se dirigió á la granja.

Caminaba á su lado el primo Lataste, campesino taciturno cuya boca no se abría sino para masticar, beber y rezar. La ceremonia había sido larga; ya eran las doce y todos los concurrentes bostezaban de hambre. Al llegar á la casa mortuoria, parientes y veci-

—No sé por qué lloras, Lannefranque; se te ha muerto tu mujer y es de sentirse, pero ¡basta ya! no era muy útil en la Granja. Ya hacía mucho tiempo que su salud se había quebrantado y no podías emplearla sino en el cuidado de las ovejas y en la preparación de la comida. Una muchacha de quince años que gane cuarenta sueldos al mes, puede hacer eso. Lo esencial para tí es que cuides del niño y que se te logre, porque ese muchacho vale cien mil francos como uno.

—¡Ciento cincuenta mil! rectificó el viudo que no dejaba de sollozar.

—Es posible. En fin por él has de ser rico puesto que es el único heredero de su abuelo materno, del famoso Cazaubon que ha hecho una fortuna en el comercio de caballos. Está delicadillo el muchacho; cuidalo. Si llegara á faltarte todo lo perderías y tu primo Lataste se llevaría la herencia en su calidad de colateral.

—Lo sé, respondió Lannefranque enjugándose las últimas gotas de lágrimas con el dorso de la mano. Mi Mauricio no tiene buena salud, en esto se parece á su madre, pero para eso hay farmacéuticos en Dax, y ¡por vida mía! Lataste no heredará los ciento cincuenta mil francos.

Y Lannefranque estrechó la mano del que así sabía consolarlo y se dirigió á la cuna en que dormía el he-

enfermedad tuvo otra, y otra, y luego fiebres intermitentes. Lannefranque iba de botica en botica y de consultorio en consultorio; pero los farmacéuticos eran tan impotentes como los doctores, y el chicuelo empeoraba de un modo alarmante. Su rostro se enflaqueció hasta convertirse en un objeto indeterminado, semejante á un grano de trigo y los ojos ya no se le veían.

El alma ruda de Lannefranque se sintió herida, porque había llegado á querer á su hijo por sí mismo, y no por la fortuna que representaba. Tuvo remordimientos por su codicia.

—Dios me castiga, pensó.

Y fué á comulgar para obtener de Dios la curación de Mauricio. Al acabar sus oraciones, le dirigió á la Virgen esta plegaria: «Santa María, si salvas á mi hijo te prometo emplear en obras piadosas las rentas de la herencia. Sí, todo lo daré y nada guardaré para mí. Renuncio á los bueyes y á la casa. Virgen pura, salva á Mauricio.» Las lágrimas surcaron las mejillas de Lannefranque cuando pronunció estas palabras.

Mauricio no se aliviaba. Entonces Bertrán fué á ver al alcalde Dumora, excelente sujeto que conocía muchos remedios para curar á los hombres y á los animales.

El alcalde examinó á Mauricio, lo palpó con sus gruesas y nudosas manos; y dijo:

—Amigo mío, ¿conoces el remedio de la encina?

—No, señor Dumora.

—Me extraña, porque es un remedio muy viejo y muy usado en toda la región. Estoy en la creencia de que lo conoce tu primo Lataste. Se aplica á los niños raquíuticos como el tuyo y casi siempre mejoran. Consiste en esto: se va uno con el enfermo, llega al bosque, se desgaja en el sentido de la longitud una encina joven, se separan las dos partes del tronco hendido y se hace pasar entre ellas al niño, dirigiendo al mismo tiempo una oración á Dios. Hecho esto se juntan las dos mitades del tronco, se las frota con zumo de limón, se atan con un mimbres y desde ese momento el niño y la encina tienen la misma suerte: si el árbol vive, el niño vive también; si se seca, el niño muere. Lannefranque escuchaba con la mayor atención.

—Gracias, señor Dumora, dijo. Voy á aplicarle á mi hijo el remedio de la *encina desgajada*. Que Dios me ayude.

\* \* \*

Al día siguiente, cuando cerró la noche, Lannefranque envolvió á su hijo en una manta de lana, tomó una podadera, unas tijeras y dos mimbres y se dirigió al bosque de Orthe. Las encinas jóvenes abundaban á orillas de un riachuelo que regaba los prados del primo Lataste. Era el mes de Junio, la atmósfera estaba tibia y las ranas cantaban en la sombra. A veces asomaba la luna entre las nubes su ancha cara sonriente. En los brazos de su padre el niño balbucía cosas indistintas, medias palabras mal articuladas, frases sin sentido, pero conmovedoras, como trinos de ave que aprende á cantar.

Buscó Lannefranque una encina propicia en el bosque de Orthe y eligió una muy nueva, llena de vitalidad, que crecía á la orilla de un pantano.

Acostó el chiquillo sobre la yerba y comenzó á hacer la incisión en la encina. La operación fué larga y difícil, hubo que afilar dos veces la podadera y cuando hendió la encina hasta la altura de un hombre, quiso separar los dos gajos. Gran trabajo le costó pa-



nos se sentaron en derredor de una gran mesa, y el viudo Lannefranque comió pan y queso en medio de los suyos. Sirvió muchas veces vino blanco antes de recitar el *De profundis*, y los invitados declararon que jamás se habían tributado honores iguales á una muerta en todo el territorio del municipio.

Todos hablaban en voz baja de las viñas lozanas, de la siembra de maíz perdida por la falta de lluvias, y del trigo cuya cosecha iba á ser escasa. Luego se despidieron del viudo y le dieron el pésame de costumbre.

—Vamos, amigo mío, no te aflijas. Ya sabes que no somos de este mundo...

—Adios, Lannefranque, y no cargues el juicio. Con eso nada se remedia.

—Valor, Bertrán; se fué tu mujer, pero te queda el niño.

—No llores, hombre. Melita rogará por tí en el cielo.

Después de oír algunas docenas de frases por el estilo, Lannefranque se puso á llorar como un chiquillo. Uno de los del cortejo se compadeció de él y para consolarlo le dijo cariñosamente:

redero de Cazaubón, y le besó con sus labios torpes de campesino.

Bertrán Lannefranque era un labrador de veintiocho años, flacucho, pero con unas mandíbulas feroces de bull-dog. Muchas veces, cuando no tenía ni pan de maíz para satisfacer el hambre, había pensado en esa herencia pingüe. Y sudando para labrar la tierra arcillosa de Cazordite, esa tierra ingrata en la que no podían penetrar las raíces de los árboles, pensaba en la vejez tranquila que le esperaba. Prometía-se comprar los bueyes más robustos de la región, el carro más sólido y el arado más ligero; tendría un coche de seis asientos para ir al mercado y mandaría construir una casa en cierta colina, con una terraza en la que jugaría los domingos con sus camaradas, contemplando las lejanas márgenes del Adour, las montañas y el mar.

Pero para realizar esos sueños era necesario que viviese Mauricio, el débil vástago de trece meses, que dormía en su cuna, mientras se dispersaban por los campos los invitados al entierro.

Algunos días después Mauricio se enfermó del pecho. Sanó, pero le dió sarampión, y cuando pasó esta

sar las tijeras por la hendidura, después de las tijeras introdujo un guijarro como el puño y luego una piedra. Así, poco á poco, fué abriendo el árbol hasta que pudo pasar su hijo. El niño se había dormido diciéndole mil monerías á la luna.

Lannefranque se descubrió piadosamente, tomó á su hijo en brazos, y pronunciando una oración, lo introdujo en la hendidura de la encina. Como apenas cabía, despertó el muchacho con el frotamiento, pero no lloró; miró á su padre con cierta sorpresa y reanudó su conversación con la luna.

Lannefranque estaba emocionado.

—¡Anda, chiquillo! dijo cuando el cuerpo de Mauricio pasó por la hendidura; ya verás como sanas.

Y lo acostó de nuevo, á fin de cuidar sin tardanza la herida del árbol. Con lodo del pantano vecino cubrió las fibras desgarradas, y ató el tronco. Temblábanle las manos al hacer esta delicada operación; en los ojos tenía la expresión de la plegaria muda que dirigía á la tierra en demanda de jugos fecundos para las raíces del árbol mutilado, y al cielo cuya luz debía alimentar las hojas, á fin de que la muerte no hiriese ni á la encina desgajada ni al niño raquíctico.

—Sanarás, decía. Y estas palabras se dirigían al árbol y al chicuelo.

Al acabar, Lannefranque sintió un ruido extraño que salía del prado.

—Me han visto, tal vez. Alguien anda por ahí.

Exploró las tinieblas, pero nada vió. Entonces cogió en brazos á su hijo que dormía y se alejó rápidamente, temeroso hasta del ruido que hacían sus pasos en los matorrales.

El niño mejoraba y la encina no languideció. Todos los domingos el padre de Mauricio visitaba la encina y cubría de estiércol sus cicatrices, amontonaba tierra vegetal junto al tronco y mataba las hormigas que subían por la corteza para que prosperase, para que viviese mucho tiempo el árbol querido cuya suerte estaba unida á la del niño.

En Agosto Mauricio se indispuso. Lannefranque, inquieto, fué á ver á la encina y encontró rozaduras en el tronco. El corazón del padre se sintió oprimido.

—¿Quién ha hecho esto y con qué fin, se preguntó Lannefranque.

Tuvo presentimientos dolorosos. —Si moría la encina!.. Pasaron dos días, Mauricio no mejoraba y Lannefranque fué otra vez al bosque. Encontró una nueva incisión en el tronco del árbol: se puso pálido y recordó el ruido que había oído la noche de la operación.

—Alguien me ha visto seguramente, pensó; alguien que me odia y que quiere la muerte de mi hijo. ¡Miserable!... Volvió á su casa, se echó al hombro su fusil y se ocultó detrás de un bordo, á diez pasos de la encina. Permaneció toda la noche en aquel sitio, cuyo silencio solo turbaba el canto monótono de las ranas.

No obstante la noche siguiente, volvió á su espionaje. A poco de estar allí en acecho, con el fusil sobre las piernas, oyó un ruido entre la maleza. Puso atención; era un ruido ligero, regular, eran los pasos de un hombre. Lannefranque tembló, abrió los ojos desmesuradamente y dejó de respirar. Sí, alguien venía, ya se veía la negra silueta. Era un hombre, un hombre alto, que se dirigió hacia la encina desgajada. Detúvose delante del árbol y se llevó la mano al bolsillo como para sacar un arma cortante; dos segundos después las hojas de la encina se movieron; el desconocido cortaba sin duda la corteza... Lannefranque se puso en pie.

—¡Asesino! gritó.

Lo alcanzó á la orilla del arroyo y vió que era Lataste el otro heredero de Cazaubon.

—Estaba seguro, dijo Lannefranque. Me viste pasar con Mauricio en brazos, y esperabas matármelo. ¡Toma tu herencia, ladrón, y le descargó otro tiro á boca de jarro.

Lataste cayó.

Entonces tomó Lannefranque el sendero que lleva á la casa del alcalde de Cazordite, lo despertó y encerrándose con él, confesó:

—Señor Dumora, acabo de matar á mi primo Lataste. Haga usted de mí lo que quiera.

Y le contó la historia.

—Amigomio, dijo el anciano después de reflexionar un instante, los jurados de Mont-de-Marsan no comprenderían un caso de esta naturaleza. Vete á acostar y no le digas á nadie una palabra de esto. Yo por mi parte no denunciaré al matador de Lataste.

JEAN RAMEAU.

## EL MONTE AZUL.

Fuerza es que en los cuentos los reyes y príncipes cazadores se extravíen en el bosque, y fuerza es que llegada la noche una lucecita que á lo lejos pestañea les guíe á la pobre cabaña, en donde una doncella hermosa y cuanto hermosa ingenua, aguarda el lance para irse á la grupa del caballero á ser soberana de un gran pueblo ó señora de un opulento ducado.



En este cuento quien se extravía en el bosque no es un poderoso emperador ni un espléndido señor de muchas tierras, sino un hermoso cazador, que á pie y persiguiendo liebres se ha ido en pos de una que parece hechizada, porque la ha marrado diez veces y á saltos y piruetas le lleva á donde Dios sabrá, pero que él no se cura de averiguarlo, hasta que no dé buena cuenta de aquel diablillo burlón ante el cual está pasando, hace dos horas largas, como indigno de terciarse su rica escopeta damasquina.

La noche llega, la lucecita pestañea allá en lo alto de una montaña, y á ésta se dirigen la liebre con sus saltos y el cazador con sus salvas.

—Alabado sea Dios, dice éste tocando á la puerta de la cabaña.

—Por siempre, le responde de adentro una voz angélica, propiedad adorable de un ángel sin alas que acude á franquearle la entrada de aquel palacio encantado.

La niña es linda, el joven ardiente; la cena es generosa y el lecho grato. Sueña el cazador con los azules ojos de la serrana preciosa, y sueña ésta con los ojos negríssimos del garrido huésped.

La mañana es fresca, pero los labios hierven. Tienen sed de besos; y al fin, como cerca de allí se restregan en los picos sus deseos dos amantes palomas, cunde el ejemplo de amor, y restalla el rayo en los labios.

La cabaña se ilumina con luces de oro, las flores silvestres acuden en esencia á embalsamar aquel altar de amor, y lasavecillas del bosque, en coros no



ensayados, cantan el himno de victoria de la naturaleza inmortal.

Meses han transcurrido y el caballero no ha dejado un solo día la cabaña encantada. Un viejo monje de luenga y nivea barba, el mismo que casó á Matilde con Maleck Adel, el mismo que casó á Julieta con Romeo, el mismo que no tiene más oficio que bendecir los amores de romance, bendijo la unión de estos dos amantes venturosos.

Menguando va ya la dulce luna, á modo de torta servida á niños golosos. La rústica niña no es tan lerdá que no advierta el fastidio atroz que de su hermoso cazador se apodera. Varias veces ha sorprendido en su antes ardiente boca el bostezo vil de hartura matrimonial.

—¿Qué tiene mi amado, qué anhela mi señor? le dice con acento de ternísima queja.

—Y él, sin devorar á besos su cuello divino; sin mirar siquiera aquellos sus ojos adorables, que parecían dos cielos que suplican, pensativo y suspirando, le responde:

—¿Ves aquel monte azul que á lo lejos se empina? Quiero ir allá. El verde perpetuo de esta montaña me hastía. Aquélla es azul; ¡qué bien se debe vivir en un monte azul!

Y ella, con melancólica dulzura, desflorando con las palabras los labios del ingrato, le decía:

—Verde es la esperanza, niño inconforme. La ilusión es azul, como hija de esa bella impostura que llamamos cielo. Aquí eres dichoso, aquí está la dulce realidad. ¿Por qué perseguir la pérdida mentira?

Pero nada, á la mañana siguiente el caballero se encaminó hacia el monte azul, que estaba lejos, muy lejos de la montaña verde en que dejaba á su amor llorando su desvío.

Caminando, caminando, al fin llegó al pie de la montaña color de cielo. Pero ¡oh sorpresa! ¡oh decepción! Las tintas azules habían desaparecido y todo era verde, como el monte en donde dejaba á su amor con la tristeza de su ausencia. Miró hacia atrás, suspirando, y la sorpresa le arrancó un grito de despecho. El monte azul se había mudado. Allá lo veía, allá mismo en donde quedaba su amante muriendo de dolor.

Y dirigió el caballero sus pasos fatigosos hacia aquella cumbre, á su vez envuelta en la gasa celeste de las brumas, vestida de ilusión. Al llegar á la cabaña no salió á abrirle la puerta la niña amante. Llamóla por

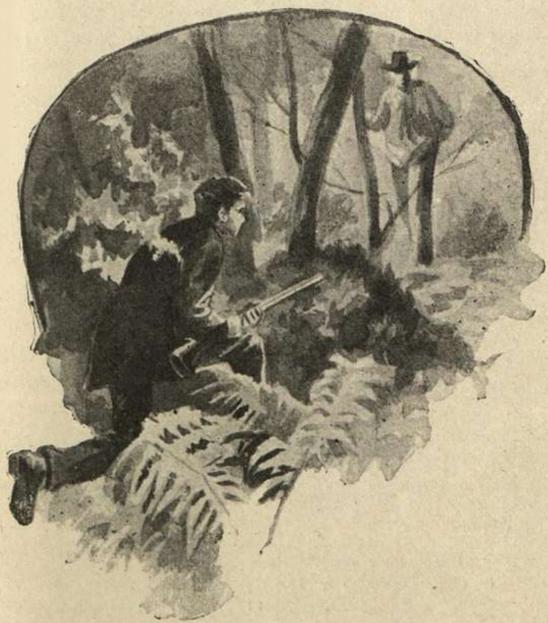
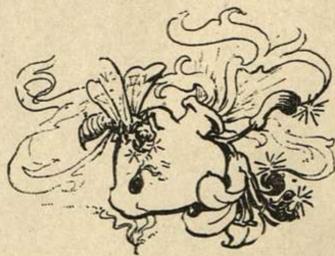
su nombre, llamóla por los cien nombres tiernos que el cariño inventa, y ella no respondió.

La había matado su caballero ingrato con el hastío de su amor.

El palacito encantado estaba en ruinas y delante de la solitaria puerta brincaba la liebre aquella, y entre saltos y burlonas volteretas al caballero le decía:

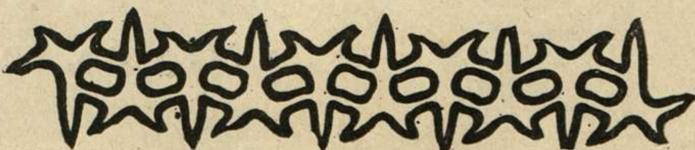
—Inconstante cazador, sígueme, y te llevaré á quien sabe engañar como tú: ¡al monte azul!

NICANOR BOLET PERAZA.



Y después de apuntar sobre él hizo fuego. Se oyó una queja prolongada; el hombre estaba herido, pero huyó por entre los árboles del bosque, lanzando gritos de dolor.

—¡Asesino! repitió Lannefranque, y se lanzó en su seguimiento.





LA GATA FAVORITA.

## LOBO, ¿ESTAS ALLÍ?

Es la hora de la mesa. Susanilla y Pum, al lado el uno del otro—aunque han prometido guardar circunspección—se agitan como dos culebras. Los papás de Susanilla hacen los honores á los padres de Pum. El hermoso mantel ruso, los vasos grabados; hay flores y fresas, grandes fresas que brillan bajo la azúcar cristalizada. Pum riega algunas gotas de salsa que inmediatamente oculta con un migajón de pan, pero Susanilla ve la mancha y la seca mostrando un aire discreto de ama de casa. Pum, humillado y rojo, toma un sorbo de Borgoña.

El pobre Pum está inquieto. Un diabólico maleficio pesa sobre su conciencia y su madre le ha



jurado referirlo todo, en voz alta, al llegar los postres. Va á ser deshonrado públicamente, clavado en la picota de la infamia. ¿Por qué artificio, todas las grajeas verdes, rosas, lilas, de la hermosa caja que regalaron á su madre, se convirtieron de pronto en blancas? Es que Pum las chupó una á una, con gran habilidad, eso sí, para no robarles más que el color, y para que todo aquel que no estuviese en antecedentes, juzgase de buena fe que tan blancas como eran, habían sido. Pero su madre no cayó en el lazo. Estupefacta, quiso esclarecer el misterio; y Pum tuvo que confesar.

Por eso ahora la vergüenza lo tiene desconcertado. Va á saber lo que son los estallidos de la risa que abofetea; las indignadas miradas de los abuelitos le abrumarán; y siente un fuego rojo que le sube por el cuello, por el rostro, por todo el cuerpo; sus ojos se llenan de lágrimas, poseído de una inmensa desesperación. No osa mirar á su madre por temor de que ésta comience á contar su picardía; pero, mentalmente, con un gran fervor, implora; «¡Que no lo cuente, Dios mío! ¡Que no lo cuente, Dios mío!»

Y . . . . no lo dijo, ¡santos ángeles! no lo dirá ya ahora, porque acaban de levantarse de la mesa. . . . ¡Bendito sea Dios!

Susanilla y Pum, libres ya de la consigna de guardar circunspección, gesticulan, brincan, se van corriendo al jardín, tan aprisa como si tuvieran alas en los pies. Después se encaminan al bosquecillo. Susanilla reflexiona que es una señora y que por tal motivo no debe permitir que su traje se arrugue, comprendiendo igualmente que le toca hacer los honores de la casa.

—Platiquemos, dice:

Y con un incomparable aire de dignidad, se sienta, como si estuviese en visita, á la orilla del banco de madera. Hace un día bochornoso, las moscas están insoportables, un sofocante olor de rosas sube en la atmósfera; las hojas del emparado que se transparentan á la luz de un cielo sombrío y bajo, toman un tinte claro y fresco. Un caracol se arrastra á lo largo del banco; las hormigas se pasean por todas partes, Susanilla y Pum observan en silencio. Al fin Pum sefastidia, le gustaría más jugar; y, muy en lo íntimo, juzga que á Susanilla no le sienta bien esa afectada seriedad; pero con todo, esa misma seriedad lo tiene dominado, y es esclavo de ella. Por otra parte, Susanilla decídese á hablar. Y cuando habla, Pum finge poca atención y mucha indiferencia; pero los dientes blancos de Susanilla, su pequeña boca de frambuesa, sus rubios cabellos trenzados, ejercen en él una gran fascinación. Mases necesario que él no pase por un simple. ¡Susanilla tiene tan maravillosa inventiva! no se puede

crear nada de lo que dice. Pum no osaría afirmar que miente, pero es casi seguro que ella borda, arregla las cosas á su antojo. ¡Y con qué aplomo!

—Sí, dice, en el invierno que viene voy á comprarme un vestido azul, con volantes, un hermoso vestido de raso azul, como el que se puso mamá cuando se casó.

—¡Cómo! dice Pum irónicamente; yo creía que las mujeres se casaban con traje blanco!

—Mamá, responde Susanilla bastante picada, llevaba un vestido azul el día de su matrimonio; lo sé perfectamente porque lo ví.

Pum, en tono de burla:

—¿Tú la viste? ¿Ya habías nacido entonces?

—Por supuesto, declara Susanilla, tenía yo cuatro años.

¡Esto es un absurdo, es inverosímil! es monstruoso! Ella no duda de que su madre apoyará todo lo que está diciendo; y solamente lo ha dicho porque acaba de pasarle por la cabeza, y lo sostendrá *mordicus* desde el momento en que Pum levanta los hombros exclamando:

—Apuesto á que no es cierto!

—¿Apuestas?

—Sí.

—Pues bien, dice Susanilla, voy á preguntárselo á mamá.

Pum está perplejo; Susanilla parece tan segura de lo que dice! . . . . Después de todo, no se sabe; hay cosas tan raras, el mundo está lleno de misterios. . . . Susanilla ve su vacilación y con una astucia de apache, se aprovecha para decir:

—¿Me crees ahora?

— . . . . No, responde Pum, resueltamente. Y te desafío á que se lo preguntes á tu mamá.

—¿Me desafías?

—Sí, sí, sí.—Y golpea con el tacón tres veces.

Susanilla se exaspera de que no se le crea bajo su palabra, tanto más cuanto que ella misma no está convencida del todo, ¡oh, no! pero el amor propio. . . .

—Pues bien, señor, venga usted acá.

—¡Señor! ¡qué injuria, qué reproche hay en esta palabra! Pero Pum está vengado.

Apenas Susanilla se arroja á los brazos de su madre para decirle en voz baja la causa de su querrela, la madre roja y casi indignada, se levanta diciendo:

—¡Anda, tonta! véte á jugar y déjate de necesidades.

Y la pobre Susanilla, toda confusa, se aleja rápidamente, sintiendo las lágrimas que suben á sus ojos.

—Ya lo sabía yo, piensa en silencio Pum: se casan con vestido blanco, y los niños no van porque duermen todavía debajo de las coles. . . . de las coles ó de las rosas. . . . si no es que vienen en un barquito desde la China. . . .

Pero, generoso, trata de hacerla olvidar su humillación, y, dulcemente, con alegría, le propone:

—Susanilla, ¿quieres jugar al lobo?

Pero Susanilla se enfurruña, y Pum gasta todo un cuarto de hora en ruegos y persuasiones que no la convencen.

—En fin, dice Pum, no juguemos.

—Sí, sí, dice entonces Susanilla, juguemos.

—¡Ah, por fin! Así sucede siempre. Cuando uno quiere, ella no quiere: cuando uno no quiere, ella quiere. ¡Esperad un poco! Y dice insidiosamente:

—Tú serás el lobo.

—No, dice Susanilla, tú.

—Bueno, yo seré el lobo.

¡Crac! Cayó la inocente en el lazo. Es muy sencillo esto. No hay sino decir lo contrario. Y Pum que quiere hacer el lobo, queda contento con su astucia. Susanilla ha caído en el lazo, y dice:

—A lo menos, ¿serás capaz de inspirarme miedo?

Pum se engrifa, arruga los ojos, castañetea los dientes, ruje:—¡au! ¡au!

Susanilla se tapa los ojos con las manos, horrorizada de antemano, y exige aún:

—Bueno, pues has de tardar mucho en vestirme.

Pum, ordinariamente se viste pronto, y se arroja sobre su presa de una manera tan violenta, que un verdadero lobo, decentemente, no ten-

dría aún el tiempo que se necesita para ponerse los pantalones. Pero promete, lo promete todo. Y se va, se esconde en lo más profundo del jardín, mientras que Susanilla, con el corazón palpitante, escucha el ¡au! ¡au! estridente y prolongado que anuncia que «allí está.»

Una deliciosa angustia le muerde el corazón, y con una insegura voz tararea, teniendo bien abiertos los ojos y con el oído atento:

*Pasaremos por el bosque*

*Mientras el lobo no está.*

*Porque si viene aquí el lobo*

*Al punto nos comerá.*

Y con todas sus fuerzas dice:

—Lobo ¿estás allí?

Desde muy lejos, tranquilamente—¡oh! no hay que fiarse demasiado—la voz de Pum responde:

—Me estoy poniendo los anteojos.

*Pasaremos por el bosque, etc.*

—Lobo ¿estás allí?

—Me estoy poniendo los calcetines.

¡Ah! se está poniendo los calcetines; todavía hay tiempo. Y Susanilla, atraída, magnetizada, con terror y embriaguez, se acerca á los negros matorrales donde Pum finge la escena y tose cavernosamente.

*Pasaremos por el bosque, etc.*

¡Qué verde, lindo y fresco está todo! El sol ha reaparecido; hace calor. ¡Qué alegría la de vivir, y más con la idea profunda del peligro, del lobo que está allí, escondido, invisible, frotando su ruda piel contra la corteza de los árboles, afilando sus uñas en el suelo y fijando en ella sus pupilas de brasa! El lobo, el lobo de los bosques, de las nieves, que se come á los hombres y devora á los caballos. . . .

—Lobo ¿estás allí?

La voz de Susanilla tiembla; con acento amenazador, responde el lobo:

—Me estoy abotonando los pantalones.

Salvarse ya sin esperar más tiempo, huir á toda prisa: este es el deseo loco que acaba de venirle á Susanilla; pero no, esto no sería del juego; y sobre todo, una gran voluptuosidad la tienta: es preciso beber el terror á pequeños sorbos.

*Pasaremos. . . en el bosque. . . .*

—Lobo ¿estás allí?

El lobo se pone el chaleco, toma su sombrero, se tercia al hombro la carabina, busca la llave. . . . y. . . abre la puerta!

Un último y ahogado grito.

—Lobo ¿estás allí?

¡Sí! ruge una voz formidable, y las ramas se apartan en un estremecimiento brutal; el lobo salta; Susanilla echa á correr tan de prisa que sus pies casi se juntan con su cabeza. ¡Qué persecución! ¡Aú! ¡aú! Ella no puede ver nada, el corazón le palpita horriblemente. Siente ya en su nuca el resoplido de la fiera. . . dos veces ha sentido el zarpazo de su garra. Esta vez, Susanilla lanza agudos gritos de terror que ponen en movimiento á toda la casa; y Pum, espantoso, con los cabellos erizados, embargado por el miedo que inspira, perseguido por el peligro invisible



que representa, se pone á gritar más fuerte que ella, con aullidos de fiera sedienta de sangre.

Tumulto de los padres; Susanilla, bañada en lágrimas, solloza angustiada, envolviéndose con la falda de su madre.

—¿Qué les pasa? ¿pero qué les pasa? . . .

¡Oh! el lobo! y sobre todo el miedo, el exquisito, el horrible, el espantoso miedo!

PAUL Y VICTOR MARGUERITTE.

# LA PRINCESA MANDOSIANA.

La princesa Mandosiana tenía seiscientos años; hacía seis siglos vivía bordada sobre el terciopelo con su cara y sus manos de seda pintada; estaba toda revestida de perlas con una gola tan recargada de adornos que se aboyaba, y los arabescos de su túnica tramada de argirosa, eran del oro más puro.

Un manto azul, flordelisado de anémonas estaba abrochado á su pecho por regias pedrerías y orlaba la fumbria de su traje cabujones de zafir.

Había figurado mucho tiempo en las procesiones y en las fiestas reales. Se la sacaba entonces izada en el asta de una bandera, y el brillo de sus joyas alegraba al pueblo y á las grandes damas. Eran los tiempos felices en que bajo el estremecimiento de los orifamas deslumbrantes, en las calles empavesadas se aclamaba á la primera Mandosiana. Después se la guardaba ceremoniosamente en el tesoro de la catedral y se la mostraba á los extranjeros en cambio de mucho oro.

Era una maravilla esta princesa milagrosa. Había nacido del sueño y del trabajo obstinado de veinte religiosas que durante cincuenta años habían penado haciendo con las madejas de seda y plata la deliciosa hierática figura.

Sus cabellos eran de seda amarilla; se había incrustado en el sitio de sus pupilas dos turnalinas del más bello azul y tenía una gavilla de lirios del más bello terciopelo blanco apoyado sobre su corazón.

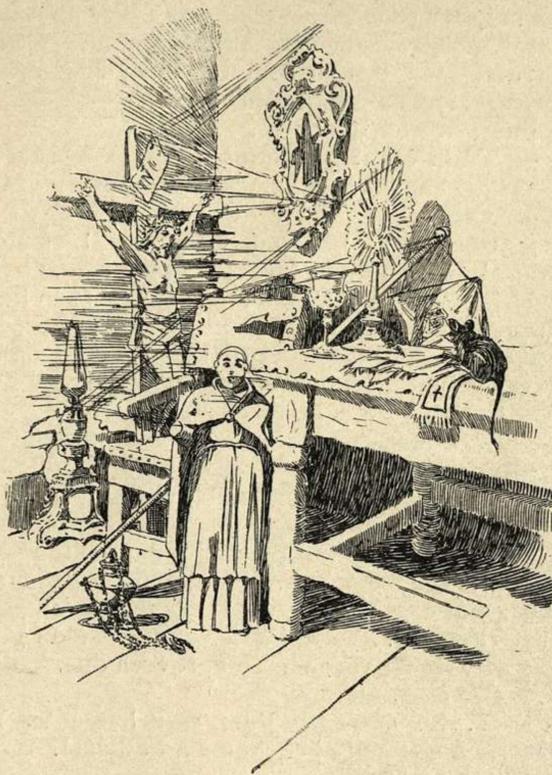
Luego pasó la era de las procesiones, se abrieron los tronos, desaparecieron los reyes, avanzaba la civilización y la princesa de perlas y de seda pintada permaneció confinada en la sombra y el silencio de la catedral.

Allí pasaba su vida en el claro-oscuro de una cripta entre un montón de objetos extraños que gesticulaban en los ángulos; había viejas estatuas, copones junto con custodias, viejos ornamentos de iglesia, capas aún rígidas y como tejidas de sol y que se extinguían lentamente en la noche con cálices en los cuales no se oficiaba ya.

Había también un viejo Cristo arrimado en un rincón y velado de telas de araña, y nunca se abría la puerta de la capilla súbitamente; todas estas viejas cosas dormían allí enterradas, clivadas, y una gran desesperación hirió en el pecho á la princesa Mandosiana.

Y prestó atención á los consejos del ratón rojo, un insidioso ratoncillo vivo como el relámpago y tenaz é impertinente que hacía años la obsediaba. Y ¿por qué obstinarte en permanecer cautiva, acorazada por todas estas perlas y estas bordaduras que te aprisionan? La tuya no es vida, tú no has vivido nunca ni en el tiempo en que resplandecías bajo el cielo azul de las fiestas suntuosas, aclamada por la embriaguez de las multitudes, y ahora, ya ves, te han olvidado, estás muerta. Si quisieras, con mis dientes agudos desharía uno á uno los puntos de seda y de cordoncillo de oro que te tienen presa desde hace seiscientos años, inmóvil en el terciopelo espejeante que entre nosotros no tiene ya brillo. Esto quizá te haga daño, sobre todo cuando descosa cerca de tu corazón, pero comenzaré por los anchos contornos, los de las manos y los del rostros y podrás ya esperezarte y moverte, y verás qué

hermoso es vivir y respirar. Bella como eres, con tu rostro de princesa de cuento y rica con los fabulosos tesoros que adornan tu vestido te harás vestir por las grandes modistas, se te tomará por la hija de un banquero y te casarás por lo menos con un príncipe francés.



Tienen sobre tí caudales de pedrerías. Ven, déjame libertarte y revolucionará el mundo.

¡Si supieras qué hermoso es ser libre, respirar voluntariamente el viento y seguir su sólo capricho! Estás albardada por esos ópalos y esos zafiros como un caballero en su armadura y jamás has combatido. Conozco el camino que conduce á la felicidad. Sal fuera de tu estuche de bordaduras, daremos juntos la vuelta al mundo y te prometo un trono y el amor de un héroe. Y la princesa Mandosiana consintió; el ratoncillo rojo continuó inmediatamente su obra asesina; sus dientes aserraban, cortaban, limaban en el terciopelo roído por los mitos: resonaban las perlas al caer una á una, y en las noches claras como en los bellos días, en la cripta alumbrada por un respiradero el ratoncillo rojo cortaba, roía, trabajaba siempre.

Cuando atacó la famosa gola de nácares y perlas la princesa Mandosiana tuvo la impresión de un frío agudo en el corazón.

Hacía varios días se sentía como temblorosa y más ligera y singularmente ágil en medio de todos aquellos puntos deshechos, ondulaba en la tela como animada de un soplo, y esperaba, arrobada, que el ratón concluyera su obra.

Al introducirse el diente del roedor en su pecho, la pobre princesa de seda y lentejuelas, desfallecía; la caída blanda de las coposas sedas, de los galones y de las luminosas tiritañas, cayó como una corriente de ceniza sobre las losas de la obscura capilla; algunos cabujones rodaron como

granos de trigo y el viejo terciopelo espejeante de la bandera se desgarró de arriba abajo.

Así murió la princesa Mandosiana por haber escuchado los insidiosos consejos de un ratoncillo rojo.

JEAN LORRAIN.

## El amante incendiario.

Todo el mundo conoce los horribos desastres ocurridos en el castillo de Ruremonde, ocasionados por el más espantoso incendio.

Es imposible olvidarlos, porque los periódicos relataron con mil detalles la horrible catástrofe; infinidad de personas se vieron sorprendidas por las llamas al final de un baile campestre; gritos de dolor, miembros magullados, y, finalmente, los techos de las habitaciones que se desploman sobre las infelices víctimas.

Pero lo que todos ignoran, son las causas que produjeron este accidente; unos á otros se preguntan cómo pudo el fuego penetrar con tanta furia en el castillo é invadirlo en un momento.

Yo he podido descubrir el secreto, y voy á referirlo para gloria del amor.

En el fondo de un saloncito muy distante del gran salón de baile, dos niños, dos prometidos, él de veinte años y ella de diez y seis, felices y contentos, se hablaban muy bajito, prodigándose apasionadas é inocentes caricias, porque se amaban con infinita ternura.

De repente la niña, mientras que su amigo murmuraba á su oído frases deliciosas, se desprende del tocado una margarita que había arrancado pocos momentos antes del fresco tallo, y la pregunta si la quiere su novio.

Tranquilo, satisfecho, seguro de su amor y lleno de fe en la sinceridad de la flor, el joven amante, veía los pequeños y sonrosados dedos de su amiga, arrancar una por una las blancas hojas.

Pero ¡ah! que un sudor frío inunda su frente, palidece, tiembla y se siente próximo á desfallecer; él acaba de contar con una rápida mirada las que todavía quedan, y ve con terror que la respuesta será negativa.

¿Concebirá la graciosa joven, por una cruel mentira de la margarita sospechas sobre la firmeza é intensidad del amor que la profesa?

Sin vacilar un solo momento, coge el candelabro que está sobre la chimenea, y mientras la niña suelta llena de terror aquel resto perfumado que aun no ha concluido de deshojar, aplica la llama á las colgaduras de gasa que arden con rapidez suma, y bien pronto se comunica el fuego á todo el castillo.

Desde entonces, cuando se habla delante del enamorado doncel de las víctimas y desastres que ocasionó el incendio, siente pesar y tristeza, porque es noble y compasiva su alma, pero ni la más ligera sombra de remordimientos.

Fué muy lamentable que perecieran tantas personas, pero hubiera sido verdaderamente criminal dejar que una duda penetrara en el corazón de su amada, haciéndola sufrir todas las torturas de la desconfianza.

CATULO MENDES.



## CARACOL

Hay vagos murmurios  
que gimen y cantan  
en tu seno de iris,  
caracol de nacar,  
Que traen á mi oído  
mil cosas extrañas  
en ritmos y notas  
de célicas arpas.

Me cuentan misterios  
de mágicas playas;  
doradas leyendas  
de tierras lejanas;  
Secretos de amores  
en tiernas baladas;  
é historias de Otelos  
y Faustos de escama.

A veces imitar  
del viento las arias  
que al dios del tridente  
glorioso proclaman;

A silfos, sirenas  
y ondinas que cantan;  
suspiros y besos,  
el son de las gaitas;

Rumor de sollozos  
y de ayes que exhalan  
nereidas que mueren  
entre plantas ágamas.

De tu seno de iris,  
caracol de nacar,  
brotan los murmurios  
que gimen y cantan.

FERNANDO MARTIN ESPINOSA.

## EN PLENA DICHA.

(INEDITA)

Reclinas en mi pecho tu cabeza,  
Abandonas tu mano entre las mías,  
Y siento cómo acallan mi tristeza  
Tus ingenuas y puras alegrías.

Y así permanecemos, comprimidos  
En abrazo de castas emociones,  
Sin oír nada más que los latidos  
De nuestros amorosos corazones.

Y suspiro de dicha enajenado,  
Y las horas transcurren presurosas,  
Y luego, al separarme de tu lado,  
¡Me quedan por decirte tantas cosas!

Y en vano, en vano el núnmen se fatiga  
Para ensalzar tu amor y mi embeleso.  
No hay canto, no hay poema en quese diga  
Todo lo que se dice con un beso.

Desde que en mi alma tu poder impera,  
La vida encantos nuevos atesora;  
¡Es un valle de eterna primavera  
Iluminado por eterna aurora!

Si tu supieras...! Pero bien lo sabes  
Porque amas... En un pecho enardecido,  
Como en árbol frondoso lleno de aves  
Vibra insinuante la canción del nido.

Vivir quiero y morir bajo el encanto  
De la loca pasión que me seduce;  
Juntos tú y yo, muy juntos, pero tanto,  
Que nunca entre los dos ni el aire cruce

Vivir quiero y morir, así, de prisa,  
De un vértigo de amor en el acceso,  
Viendo como se va en una sonrisa  
Mi alma que hiciste tuya con un beso.

Luego una cruz, dos nombres olvidados,  
La yedra allí tendiendo su guirnalda,  
Y abajo nuestros cuerpos abrazados...  
¡Igual que Quasimodo y Esmeralda!

Confiado vine á tí; me entrego inerme.  
Si en tu seno de diáfana blanca  
La bestia humana cautelosa duerme,  
No tengas compasión de mi ventura.

Híereme Nelly! De mi vida triste  
No te importunaré con los lamentos;  
Que bien valen las dichas que me diste  
Toda una eternidad de sufrimientos.

Tarde, muy tarde te encontré á mi paso,  
Mas no el temor á la vejez me oprime;  
Porque lo mires tu, será mi Ocaso  
Como el del sol, espléndido y sublime!  
Mérida, 1894.

JAVIER SANTA MARÍA.

## PASTEL

Asomada á tu balcón  
florecedo de macetas,  
turbas niña, el corazón  
de pintores y poetas.

Y tus labios de coral,  
y tus bellos ojos pardos,  
cantan dulce madrigal  
en el pecho de los bardos.

Es, de tu mirada al rayo,  
ese balcón un pensil:  
crecen los lirios de mayo  
junto á las rosas de abril;

Y cuando acudes á él  
con tu blanco peñador,  
para regar tu verjel  
ó para ver á tu amor;

A pesar de tanta rosa  
y tanto lirio en botón,  
es entonces, niña hermosa,  
cuando florece el balcón.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

## MI GUITARRICO.

(De "Canciones Surianas.")

Es mi guitarico duce ó plañidero,  
asigún yo quero;  
tiene cinco cuerdas bien arrestiradas  
que se rín ó lloran con mil rasguñadas.  
CANTO POPULAR.

A guisa de lira de oro  
yo tengo mi guitarico,  
con el cual siempre acompaño  
cantos del Sur á los indios.

Su caja comba es la fuerte  
coraza de un armadillo,  
y tiene cinco clavijas  
porque sus cuerdas son cinco.

Su cuello es delgado y corto,  
negra su boca de abismo...  
boca que canta ó suspira  
con un dolor infinito.

Cuando las copiosas lluvias  
anuncian años profucios,  
y más tarde los graneros  
se ven de mieses henchidos;

En medio á la gente agrícola  
que festeja á San Isidro,  
se eleva el rústico canto  
de mi pobre guitarico.

En las bodas pastoriles  
de Galatea y Mirtilo,  
lanza sus epitalamios  
y ríe de regocijo;

Y en los entierros solemnes  
de los viejos y los niños,  
tras el trueno del petardo  
él desgrana su llorido.

Y llega la Noche Buena  
con sus brumas y sus fríos,  
y entonces lanza á los aires  
sus alegres villancicos.

¡Oh vihuelita serrana,  
que llevo siempre conmigo;  
histérica cuyos nervios  
pongo en tensión al herirlos!

Pues eres la musa joven  
que inspira los cantos míos,  
arrúllenme tus rasgueos,  
aduérmanme tus sonidos!

Y que á tu rítmico acorde,  
como á un conjuro divino  
surjan, abiertas las alas,  
las canciones de este libro!

Agosto, 8 de 1899.

JUAN B. DELGADO.



\* \* \*

Musa blanca del rostro sedeño,  
De ojos tristes y dulce mirar,  
Ven conmigo al país del ensueño,  
Donde flota el ardiente beleño  
Que tristeza inspiró á Chateaubriand.

Ven conmigo, nostálgica hermosa  
A ese triste y brumoso país,  
Donde esparsa su luz misteriosa  
La neurótica y púdica ciosa  
Del ensueño dorado y sutil.

En las ondas del lago sonoro,  
De azulada y fugaz ilusión,  
En un canto que vengas te imploro  
A mi nave de armiño y de oro  
A mi nave de luz y de amor.

En el vago horizonte se alcanza  
Una estrella tan solo á mirar;  
Y mi barca á las ondas se lanza  
Tras la estrella de luz y esperanza,  
Mariposa de brillo fugaz.

Mientras canto mis tiernas baladas  
Coje el remo de blanco marfil;  
Boga, boga al país de las hadas  
Y sorprende á las dulces amadas  
Del poeta oriental haqueín.

Quiero ver los palacios dorados  
De ese loco neurótico dios  
Que á los genios por él inspirados  
Les enseña los cantos sagrados  
Y secretos placeres de amor.

Quiero ver sonreír á los tristes,  
A los tristes en medio al placer;  
Quiero ver si de luto me vistes  
Y el halago del genio resistes  
¡Corazón, corazón de mujer!

Musa blanca del rostro sedeño,  
De ojos tristes y talle gentil,  
Boga, boga al país del ensueño  
Donde esperan con rostro risueño  
Las hermosas que amó Lamartine.

FERNANDO MARTIN ESPINOSA.



(Para EL MUNDO ILUSTRADO)

# Colma

Danza para Violin y Piano transcrita para Piano solo por su Autor PEDRO VALDÉS FRAGA.

*Moderato assai*

PIANO.

*mf*

*rall.*

*ad libitum*

*Tempo di Danza.*

*rall.*

*PPP*

*PP*

*f*

*accelerando*

*molto*

*dim.*

*rallentando*

*PP*

*a tempo*

*cres.*

*ten*

*ff*

*legero*

*pesante*

*rall*

1.

2.

*rall.*

D.C. al *S*

**TRAJE DE VERANO.**

Por Abbie Winegar, M. D.

Ved cómo crecen los lirios; ellos no se afanan, no hilan, y sin embargo, os digo que Salomón en toda su gloria no se adornó como uno de ellos. (Lucas 12, 27.) ¡Qué texto tan hermoso y tan tranquilizador! En esta estación del año la naturaleza se ha vuelto á vestir las vestiduras de verano. Todo nos habla del maravilloso amor de nuestro Creador. Hay perfecta armonía, en el césped, las flores, los árboles y los pájaros. Todos están haciendo cuanto pueden para revelarnos los propios pensamientos de Dios y su amor por lo armonioso y lo bello. Y ¿por qué el hombre, la obra más perfecta de Dios, mostraría menos su belleza y verdadera amabilidad de carácter?

Mirando á nuestro rededor y viendo que todo se abre á una nueva vida, brota en todos los corazones el deseo de un cambio, y no solamente esto, sino que la naturaleza pide que pongamos á un lado los pesados vestidos que fueron cómodos y convenientes durante el triste invierno y que en armonía con la estación nos pongamos trajes más ligeros. Sin embargo, debe tenerse cuidado de que el cambio de los vestidos de invierno por los de verano, se haga de modo que no sea perjudicial á la salud. En muchas partes del país la temperatura no se fija hasta muy entrado el mes de Junio.

Es mejor hacer el cambio gradualmente cambiando la ropa interior gruesa por otra un poco más ligera, teniendo cuidado de abrigar los brazos y miembros inferiores. Si durante el invierno se la ha usado de pura lana; debe cambiarse por otra de lana tramada y algunas semanas más tarde debe cambiársela por otra de hilo de Lisle ó de algodón.

Durante los meses de mucho calor no hará mal llevar trajes interiores sin mangas; pero casi siempre es mejor tener abrigados los miembros. Deben llevarse tan pocas prendas de vestir como sea posible, y éstas de poco peso y sostenidas de los hombros, sin que opriman ninguna parte del cuerpo. El lino es muy apetecible, tanto para ropa interior como exterior, pues absorbe prontamente la humedad y tiende á conservar el cuerpo fresco. Es más á propósito que la muselina por más ralo y permitir al aire pasar al cuerpo más libremente.

No debe llevarse más que una falda interior de poco peso, y ésta debe estar sostenida por un talle también de un tejido ligero. El traje exterior debe ser de (un corte) una forma sencilla y exquisita, de un color no llamativo, sino en armonía con nuestras ocupaciones y nuestra posición. Muchas cometen el error de tratar de imitar á sus amigas más ricas, vistiéndose más allá de sus medios y de una manera no conveniente á la verdadera dignidad femenina.

La sencillez en el vestido hará aparecer de una manera más ventajosa á una mujer sensata. Juzgamos del carácter de una persona por el estilo del traje que usa. Los vestidos ostentosos demuestran vanidad y fragilidad. (Healthful Living, par. 528.)

Que los vestidos se hagan elegantemente evitando el uso de adornos y guarniciones innecesarias.

En cuanto al color, el traje claro es más fresco que el oscuro y da una idea de bienestar que no se encuentra en los vestidos oscuros. Muchos cometen el fatal error de llevar en el verano el mismo traje durante todo el día. Esto casi siempre es imprudente porque el aire es generalmente más fresco en la mañana y en la noche que durante el calor del día. Lo más á propósito es llevar abrigos de verano por lo que el tiempo pueda pedir. Lo mismo con referencia á la proximidad del otoño, deben adoptarse vestidos más pesados desde el principio de la estación. Es bueno cuando se sale proveerse de abrigos para estar prepa-

*Páginas de la Moda*



SOMBREROS DE ESTACION Y TRAJES PARA NIÑAS.

rados para cualquier cambio repentino de la temperatura.

GOSPEL OF HEALTH.

**UNA PRESCRIPCION RACIONAL.**

El mejor modo de conservar su salud en buen estado, no es tomar precauciones exquisitas contra el contagio por contacto ó contra las causas de enfermedad, sino robustecer nuestros cuerpos tanto, que ni el contacto ni el exponernos de otro modo á la enfermedad pueda llegar á afectarnos.

El Doctor Brown-Sequard inventó, hace algunos años, un método preventivo contra los resfriados. Decía él que las causas más comunes de resfriarse eran dos, mojarse los pies ó recibir una corriente de aire en la parte posterior del cuello, y aconsejaba estos dos modos para prevenir la acción de tales causas.

Pondrá unos los pies en agua fría, por cortísimo tiempo la primera vez, y este tiempo se alargará de día en día hasta que pueda uno tener los pies en el agua por una hora ó dos sin sentir calosfríos. Así se quita el peligro de resfrarse á causa de la humedad en los pies. Entonces, para curar la sensibilidad del cuello á las corrientes de aire, hacía el doctor que se sentara el paciente en una silla y que le soplaran en la nuca con un fuelle durante un minuto la primera vez, dos minutos la segunda, y continuando así hasta que el paciente pudiera sufrir la operación por media hora sin sentir molestia por el frío: quedaba así á prueba contra las corrientes de aire.

El mismo principio podría ser aplicado contra las enfermedades y las indisposiciones en general. El cuerpo vendría á ser como un fuerte en tiempo de guerra, siempre armado y equipado contra los asaltos de un enemigo insidioso.

**Fuera las caceroles.**

Es animador ver á las víctimas de los hábitos destructores de la salud, despertar á su verdadero estado y buscar reformas. Un escritor del «Southern Ruralist» dice: «Estoy persuadido de

que las caceroles han matado á miles en el Sur. La consunción nos ha despoblado en gran número, el vulgar whisky á millares y los tres juntos han reducido la población más que todas las guerras.»

El escritor continúa proponiendo el remedio siguiente: «No se beba más whisky, no se fría más cerdos y comiéndose de nuevo la vida con leche, mantequilla y abundancia de legumbres durante todo el año.»

Nosotros recomendaríamos frutas y nueces con preferencia á la leche y la mantequilla; pero aun éstas últimas son muchísimo mejor que la carne de cerdo. Ciertamente que secundamos de una manera muy sincera lo que se dice en contra de las caceroles. Estas son un artículo del mueblaje de la cocina que debe relegarse, tan pronto como sea posible, á un inofensivo desuso en todas las casas donde se trate de reformar la salud. El corsé y las caceroles son instrumentos de tortura que harían honor á la misma inquisición

GOSPEL OF HEALTH.

**NUESTRO GRABADO**

SOMBREROS DE ESTACION.

Sombrero-capota de paja, de dos colores: verde oscuro y amarillo pálido; las cocas son de listón de ambos colores; ramo de margaritas.

Sombrero de paja de Italia, dos colores también, negro y blanco; plumas y un volante en derredor que desciende en forma de bridas y se ata al cuello en lazo mariposa.

VESTIDO DE PERCALINA PARA NIÑAS.

Se supone amplio y cómodo para juegos infantiles. Encajes en las hombreras, corpiño cerrado por cinturón angosto y falda redonda á pliegues.

Vestido de surah para visita. Cuello imitando ancho volante; manga al codo con encaje en la orilla, falda de corte campana, aunque muy ligeramente. Cinturón de listón, formando por detrás un gran lazo.

Estos dos trajes de niñas requieren medias negras y sombrero de paja con listones.

**Otro pago de \$5,000 de "LA MUTUA," EN GUAYMAS, SONORA.**

Un timbre por valor de \$5.00 cs. debidamente cancelado.—Recibí de «The Mutual Life Insurance Company, of New York» la suma de \$5,000.00 cs. plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se dirivan de la póliza núm. 392,332, bajo la cual estubo asegurado mi finado hermano Don German Fourcade, y para la debida constancia en mi carácter de albacea de la testamentaria del finado, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Guaymas, Sonora, á 3 de Mayo de 1899.—Firmado.—F. FOURCADE.—Rúbrica.

Un timbre de \$0.50 cs. debidamente cancelado. El Lic. Ernesto Pelaez, Notario Público en ejercicio, certifico y doy fé de que conozco personalmente al Sr. Francisco Fourcade, así como de que es albacea de la testamentaria de D. Germán B. Fourcade y de que en mi presencia firmó el recibo que antecede, y para constancia extiendo la presente en Guaymas, el día 13 de Mayo de 1899.—Firmado.—E. PELAEZ.—Rúbrica.

## INACTIVIDAD del HIGADO.

Va acompañada siempre de un desarreglo. La lengua se pone saburrosa, el apetito escasea, la digestión es difícil, la sangre está empobrecida, los nervios en estado de irritación, sobrevienen dolores en la cabeza y existe

Estreñimiento constante del vientre.

## LAS PÍLDORAS del Dr. AYER

están compuestas de productos vegetales que obran directamente sobre el hígado é intestinos.

Secrétase mayor cantidad de bilis, y la eliminación de substancias venenosas es mayor por esta causa. Refuézanse los músculos de las paredes intestinales, dando lugar á suaves efectos laxantes.

Las Píldoras del Dr. Ayer deberían tomarse todas las noches en dosis convenientes para que produzcan efectos laxantes.

Así curan con seguridad la biliosidad, jaqueca, náuseas inapetencia y todos los demás efectos causados por el entorpecimiento del hígado y la constipación del vientre.

La constipación empobrece siempre la sangre y la infesta de impurezas. Conviene poner remedio á esto adoptando un tratamiento completo de Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Las Píldoras y la Zarzaparrilla están hechas de manera que la eficacia de las unas aumenta la de la otra.

Preparadas por el  
Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A.



# NUEVOS PERFUMES

de

## RIGNAUD & C<sup>IA</sup>

Extractos para el pañuelo

VIOLETA BLANCA  
FLORES DE AUVERNIA  
LUCRECIA GRACIOSA  
LUIS XV ASCANIO  
ROSINA MELATI  
CYPYRUS YLANG  
LILAS DE PERSIA  
PERFUMES DE BIRMANIA  
JABON de las ACTRICES



JABONES  
y POLVOS de ARROZ  
A LOS MISMOS  
PRECIOS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las Droguerías y Perfumerías.

## La Nueva Industria.

GRAN FABRICA DE CAMAS, CATRES,  
Camitas y Cunas de hierro y latón.

Estilo Inglés

ENGLISH SPOKEN

ON PARLE FRANÇAIS



—Habrá en mi casa venturas,  
y hasta mi suegra hará fiestas,  
en cuanto lleve á mi esposa  
una gran cama de MESTAS!

La única fábrica movida por vapor en toda la República. También es la única que emplea en sus manufacturas el procedimiento inglés que consiste en fundir las esquinas de hierro en las columnas de latón para las camas.

Ninguna otra casa donde se expenden camas puede dar esta garantía. ¡OJO! Cúdense el público de ser engañado.

ANASTASIO MESTAS Y CO.

Segunda de la Monterilla No. 8.

Apartado postal No. 967.

DEPARTAMENTO

--DE--

## NIQUELAR

# VINO DE

# = SAN GERMAN =

ST. GERMAIN

Del Dr. Latour Baumets.---Paris.

La poderosa acción del Aceite de Hígado de Bacalao en el tratamiento de las Enfermedades del PECHO, DE LA TISIS O CONSUMCION, LA ANEMIA, LA CLOROSIS, EL RAQUITISMO, LA ESCROFULA, EL REUMATISMO, LAS ENFERMEDADES DE LA PIEL etc., etc. es universalmente conocida, pero nadie ignora que su uso es difícil y desagradable.

El Dr. Latour Baumets, ha logrado hacer desaparecer estos inconvenientes en la maravillosa preparación ST. GERMAIN, pues en ella se encuentran los principios medicamentosos del ACEITE DE BACALAO, las propiedades del prodigioso medicamento ICHTYOL, y los utilísimos y recomendables del KOLA, que formara un conjunto, que hacen esta preparación aceptable aún para los estómagos más delicados, pues prepara y vigoriza la absorción de los principios nutritivos que el ACEITE DE BACALAO contiene.

Las numerosas observaciones hechas en los Hospitales y en la clientela particular de prácticos competente, han acreditado el VINO DE SAN. GERMAN, y es recomendado por los principales Médicos del Mundo y por lo más eminentes Profesores de la Escuela Nacional de Medicina de México.

### Los resultados adquiridos son maravillosos

Los periódicos de México y extrajeros, lo mismo como los de medicina pueden certificarlo.

EL VINO DE SAN. GERMAN, restablece el vigor físico y moral en las personas de ambos sexos fatigadas; que padecen de Anemia, Angustias, Afasia, Falta de Apetito, Afecciones del Corazón, nerviosas, respiratorias, Clorosis, Congestión Cerebral, Convulsiones, Convalecencia de pleuresía, Debilidad, Decrepitud, Delirio, Enajenación Mental, Extenuación, Excesos de toda clase, Enfriamiento de las Extremidades, Escrófula, Esterilidad, Fiebres, Hemorragias, Histeria, Impotencia, Incapacidad de trabajar, Languidez, Linfatismo, Pérdida de la memoria, Médula espinal, Náuseas, Parálisis, Consecuencia de Partos, Raquitismo, Reblandecimiento, Reuma, Tisis, Tuberculosis, Temblor senil, Trastorno moral, Vertigo, Vómitos, etc.

DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y BOTICAS.